

Número 14 / 2007 • 3,00 Euros (Spain only)
muy HISTORIA
DOSSIER
11 Biografías
El Empecinado, Wellington, Pepe Botella, Palafox...
www.muyinteresante.e
REGALAMOS 25 Libros
"La Guerra de la Independencia" por Miguel Artola
Entrevista a Ronald Fraser:
"Cada ciudad rebelde actuó por su cuenta"
200 años de la Guerra de la Independencia (1808-1814)
Una Nación en armas
• España indómita, por Ricardo García Cárcel • El Dos de Mayo • Los escenario
del conflicto • Los afrancesados • Batallas, ejércitos y guerrilleros • ¡Viva la Pepa
• Adiós a las colonias • La campaña, según Napoleón • Un cronista llamado Goy



de Cádiz, donde se trasladaría la Junta Central de Gobierno en 1810 y durante el cual se elaboraría la Constitución de 1812, resultaría inútil y también el más prolongado. El ejército francés sitió la ciudad en febrero de 1810 y, tras sucesivos y fútiles ataques, se retiró de sus inexpugnables murallas el 24 de agosto de 1812. Ese año sería el decisivo de la guerra.

Victorias de la alianza anglo-española. José Bonaparte huye a Francia

Wellington se vio obligado a combatir en dos ejes principales: en el oeste, en Extremadura, contra el ejército del mariscal Soult, que se había adueñado ya de Andalucía con la excepción de Cádiz, y en Salamanca, donde buscaba cortar la línea francesa Bayona-Madrid, una acción estratégica que resultaría clave para la victoria.

La batalla de Salamanca o de los Arapiles, que tuvo lugar en julio de 1812, fue una clásica victoria "por la maniobra" y la mayor derrota del Ejército Imperial desde 1798. Al año siguiente, en junio, se produjo la batalla y saqueo de Vitoria, que se convertiría en un encuentro decisivo para el devenir de la guerra.

José Bonaparte huyó a Francia, abandonando tras de sí el rico botín de su reinado. La liberación de Pamplona, cuatro meses después, pondría el broche final a una contienda que concluiría con la captura británica de Tolosa, en abril de 1814.

La historia se repite

La Asociación Napoleónica española revive con sus recreaciones los episodios de la guerra. Arriba, un grupo de artilleros celebra la victoria de Bailén y, a la derecha, la Cruz de Benemérito a la heroicidad; Moore (Ronald Brighouse), de perfil, y Soult (Oleg Sokolov), de frente.

ASOCIACIÓN NAPOLEÓNICA ESPAÑOLA

CEDIDA POR MANUEL ARENAS

Esta larga y sangrienta guerra fue un sumidero de esfuerzos y hombres para Napoleón y ocuparía un decisivo lugar entre las razones de su derrota. El espíritu del nacionalismo, despertado por la Revolución y convertido en el alma de los ejércitos franceses se extendió también frente al sueño imperial: España se había levantado en armas bajo el grito de "patria zumba, el rudo cañón retumba..." y media Europa había decretado un *levée en masse* o reclutamiento obligatorio. El emperador se vería finalmente derrotado.

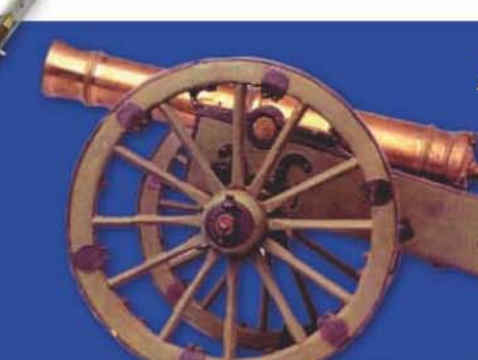
Años después, en el exilio, confesaría al conde de Las Cases que la contienda de España dividió sus fuerzas y atacó su moral: "Esa desdichada guerra me perdió". Quizás debería haber añadido que como a tantos miles o tal vez millones de víctimas. ■

La Batalla de los Arapiles (Salamanca) fue la mayor derrota del Ejército Imperial desde 1798. Al año siguiente, la de Vitoria sería decisiva

Nuestro agradecimiento a la Asociación Napoleónica Española por el material gráfico. www.asocne.org.

Aparatoso, pero seguro

Aunque a veces se atascaba, el fusil Baker que utilizaba el ejército británico tenía una precisión nunca antes lograda en rifles militares.



Donde ponían el ojo, ponían la bola

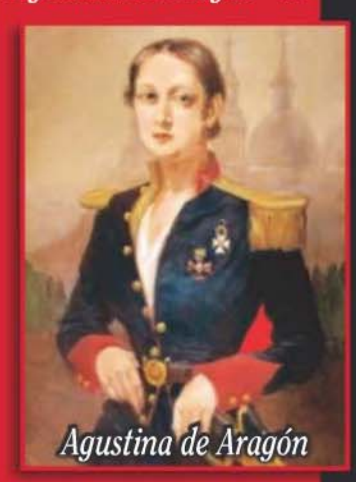
El cañón fue para Napoleón el arma definitiva. Los que usó su ejército destacaban por una movilidad y precisión mayores que las obtenidas por el enemigo.

ASOCIACIÓN NAPOLEÓNICA ESPAÑOLA


Goya


Castaños


Daoíz


Agustina de Aragón




Once actores principales

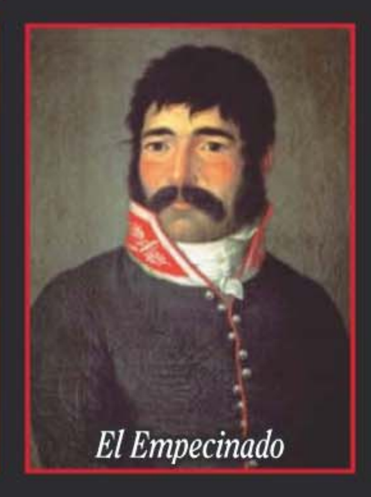

Velarde


Fernando VII

Militares y guerrilleros que combatieron junto a ciudadanos convertidos hoy en héroes; monarcas que gestionaron un país en ruinas y artistas que reflejaron aquella realidad. Son los auténticos protagonistas. Por **Abraham Alonso y Luis Otero**


Godoy


José Palafox


El Empecinado


Wellington


José Bonaparte



Goya
1746-1828

Considerado como uno de los grandes artistas de todos los tiempos, al genio aragonés le debemos el mejor reportaje gráfico sobre la Guerra de la Independencia.

Francisco de Goya y Lucientes fue un gigante artístico y humano. Vivió una larga vida de 82 años durante los cuales no paró de pintar; estuvo en contacto con las ideas de la Ilustración y trató a Jovellanos, Moratín y otros escritores; en su época se produjeron hechos históricos como la Revolución Francesa y la Guerra de la Independencia, que contempló de cerca; vivió en la Corte y retrató a reyes y políticos, y a la vez, condicionado por el retraimiento que le produjo su sordera, fue un artista capaz de expresar las emociones como nadie para crear una obra revolucionaria que aún conmueve.

Velázquez y Rembrandt fueron sus inspiradores

Nació en el pueblo aragonés de Fuendetodos en 1746, hijo del maestro dorador de retablos José de Goya y de Gracia Lucientes. Estudió en las Escuelas Pías de Zaragoza e inició su formación artística en el taller del pintor José Luzán. Desde joven, Goya fue un experimentador influido por Velázquez y Rembrandt, interesado por la expresión y ajeno a las normas académicas, lo que explica que fracasara en dos concursos de la Academia de Bellas Artes de Madrid. Al menos le valieron para conocer a los pintores aragoneses Ramón y Francisco Bayeu, cuyo apoyo fue clave en su carrera. Además, en 1773 Goya se casó con Josefa, hermana de ambos.

En 1775 se trasladó a Madrid para trabajar como pintor de cartones en la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara. Goya pinta sin parar escenas costumbristas despreocupadas, del gusto de la época, y en 1780 ingresa en la Academia de Bellas Artes. En esa década hizo algunos de sus grandes retratos –Conde de Floridablanca, Duques de Osuna–; nació Francisco Javier, el único de sus hijos que llegó a adulto y le sobrevivió; fue nombrado en 1785 pintor del rey con sueldo anual de 15.000 reales de vellón y en 1789 pintor de cámara del nuevo rey Carlos IV.

En 1792 cayó enfermo durante un viaje a Andalucía y se quedó sordo. Fueron años de largas estancias en Sevilla, Cádiz y Sanlúcar con la duquesa de Alba, de quien se dice que fue amante. En 1799 ascendió a primer pintor de cámara y en 1800 pintó su grandioso retrato de *La familia de Carlos IV*. El 2 de mayo de 1808 le sorprende en Madrid, pero en octubre fue llamado por Palafox a Zaragoza para que plasmara la situación de la ciudad en un cuadro. En 1809 juró fidelidad al rey José I y en 1812 murió su mujer, Josefa Bayeu. Con el final de la guerra, en 1814, comienza el expediente de *purificación* del pintor, en el que varios testigos declararon que no había sido leal al gobierno de Pepe Botella, pero un año después la Inquisición le abrió un proceso por considerar obscenas las Majas. Fue absuelto y repuesto como pintor de cámara, pero no caía bien a Fernando VII, que pronto le relegó.

En 1824, en pleno retorno del absolutismo y pese a sus 78 años, pidió licencia al rey para marcharse a Francia a tomar las aguas y se instaló en Burdeos con su compañera Leocadia Zorrilla y los hijos de ella. Allí murió el 16 de abril de 1828. Desde 1919 sus restos reposan en la ermita de San Antonio de la Florida de Madrid. ■

Innovador
Un autorretrato juvenil de Goya, quien como artista experimentó todas las técnicas: óleo, grabado, tapices...

AISA

Pinturas de guerra

El conflicto bélico con Francia influyó en la pintura de Goya, que pasó de mostrar un estilo amable a reflejar una visión sombría de la vida. En 1810 realizó su serie de grabados *Los desastres de la guerra*, un devastador relato pictórico sobre la sinrazón de la violencia. La crueldad de los combates, que él contempló en directo en Madrid, inspiró dos de sus cuadros más impresionantes, ambos hechos en 1814. *La Carga de los Mamelucos* muestra el dramatismo y la ferocidad de la lucha desigual entre los civiles madrileños y los mercenarios egipcios del mariscal Murat. *El 3 de mayo de 1808 en Madrid: los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío* sigue produciendo todavía el mismo impacto que hace 200 años. La delicadeza del trazo que puede verse en sus retratos más positivos y juveniles deja paso al brochazo grueso con predominio de negros y tonos oscuros, y apenas algunos puntos de color amarillo y rojo.



Uno de los grabados de la serie Los desastres de la guerra.

AISA



Castaños 1758-1852

De trato cordial y carácter conservador, la victoria que alcanzó en Bailén este general madrileño marcó un antes y un después en el devenir de la guerra.

Es difícil referirse a la Guerra de la Independencia sin observar, aunque sea de reojo, la victoria del general Francisco Javier Castaños Aragorri Urioste y Olavide en la abrasadora jornada de Bailén, el 18 de julio de 1808, una hazaña que aupó a este militar madrileño al estrellato de la historia castrense española. No en vano, su triunfo demostró que el denostado ejército hispano podía plantarle cara a las tropas napoleónicas.

Castaños mamó el oficio de las armas. Cuando sólo tenía 10 años, Carlos III decidió reconocer los méritos de su padre nombrándole capitán, aunque no fue hasta los 16 cuando comenzó la carrera militar, que inició en el Regimiento de Saboya. Tras estudiar en el Seminario de Nobles de Madrid y en la Academia Militar de Barcelona, a los 31 años ya había alcanzado el rango de coronel. Por entonces se hizo cargo del Regimiento de África, con el que combatió contra la Francia revolucionaria y por lo que obtuvo el ascenso a brigadier. En 1802, al frente de una división encargada de atacar las posesiones británicas en ultramar, se topó con los ingleses en las playas de Ferrol. Su defensa del puerto gallego le valió el ascenso a teniente general.

Artífice del primer revés serio del ejército francés

Las autoridades confiaban en el genio de Castaños, y en 1808 la Junta Suprema de Sevilla le encargó formar un ejército y se le confirió el grado de capitán general. Tras la victoria de Bailén, en la que logró capturar la práctica totalidad de las fuerzas francesas a las mismas puertas de la ciudad jienense, se le otorgó el mando del ejército del Centro. Sin embargo, sus tempranos éxitos sufrieron un revés unos meses después: el 23 de noviembre de 1808 fue derrotado en la desastrosa batalla de Tudela, si bien muchos historiadores coinciden en que la falta de medios y la actitud de otros generales, como Palafox, que discutía constantemente las órdenes y al que Castaños llegó a acusar de cobardía, pudieron resultar determinantes.

En 1810 fue nombrado Presidente de la Junta Superior Militar y de la primera Regencia del Reino, y en 1811 obtuvo el mando del 5º ejército. El 16 de mayo de ese mismo año, las tropas que mandaba junto con el general británico William Carr Beresford obtuvieron una victoria táctica en La Albuera, cerca de Badajoz, si bien con importantes bajas. Poco antes, Castaños había redactado una proclama en la que alababa la unidad nacional y exhortaba al sacrificio a los castellanos, manchegos y extremeños bajo su mando hasta que pudieran "cobrarse en los franceses los tesoros robados" y "llevar a sus hogares el furor, la devastación y la venganza".

Terminada la guerra, se hizo cargo del Ejército de observación de la Derecha en la frontera francesa y fue nombrado Capitán General de Cataluña hasta que dimitió en 1820, a causa de sus convicciones conservadoras. Y es que en esos años había tenido que reducir el movimiento liberal, capitaneado en Barcelona por el general Luis Lacy, que fue fusilado. Así, el estratega fue nombrado miembro del Consejo de Estado, Presidente del mismo y más tarde del Consejo Real, el órgano que sustituía al anterior. Entre otras muchas distinciones, le fue impuesto en 1829 el Toisón de Oro, lo que no impidió que falleciera en las más humildes condiciones en el mismo Madrid en que nació. ■

Un rosario de cargos
1746-1848

AISA

Castaños ejerció como tutor de Isabel II (a caballo).

Aunque Castaños no se desvinculó del todo de la vida castrense –en 1832 fue nombrado Capitán general de Castilla la Nueva–, concluida la guerra se le nombró Presidente del Estamento de Próceres y duque de Bailén, lo que en la práctica le suponía acceder al envidiado "club" de Grandes de España. Cuando se implicó más en la política –en 1837 ocupó un puesto de senador por Cataluña–, su carácter conservador le llevó a recluirse en su casa durante la Regencia del general Espartero, que se hizo cargo del gobierno entre 1840 y 1843. Las razones venían a ser las mismas que le habían llevado a dimitir durante el Trienio Liberal (1820-1823). Una vez reincorporado al servicio activo, accedió al puesto de Comandante General de Alabarderos y se convirtió en el tutor de la infanta María Luisa Fernanda y de la futura reina Isabel, que le concedería el título de marqués de Portugalete. Durante el reinado de Isabel II retomó su trabajo como Comandante de Alabarderos prácticamente hasta su muerte en 1852.



Prueba de arrojo y tenacidad

El general creía en que la clave de la victoria se encontraba en la unidad nacional, el valor y el sacrificio. Así lo plasmó en una proclama que dirigió a los ciudadanos bajo su mando.

COVER



Daoíz y Velarde

1767-1808 **1779-1808**

Estos dos valientes capitanes del ejército encabezaron la rebelión popular de Madrid contra las tropas de Murat.

Los apellidos de los dos principales héroes del Dos de Mayo van tan pegados en la crónica histórica, que a veces parecen una sola persona; lo cierto es que aunque les unían muchas cosas, como su vocación militar, les separaban 13 años de edad y su origen geográfico. El mayor, Luis Daoíz Torres, había nacido en Sevilla en una familia aristocrática, estudió en los jesuitas y a los 15 ingresó como cadete en el Colegio de Artillería de Segovia. Ya como subteniente participó en las campañas españolas de Ceuta y de Orán, donde ascendió a teniente de artillería.

En 1794 luchó en la Guerra del Rosellón, donde cayó prisionero, y permaneció encarcelado en Toulouse hasta que se firmó la paz de Basilea (1795). Culto, conocedor de varias lenguas y experto en matemáticas y en las artes militares, Daoíz fue tentado por los revolucionarios franceses para pasarse a su bando, pero él prefirió volver a España y seguir en el Ejército. En 1797 participó en la defensa de Cádiz contra los ingleses, ascendió a capitán y se incorporó a la Marina, que necesitaba artilleros. Hizo dos viajes a América y luego ejerció en un regimiento de Sevilla colaborando en el desarrollo de piezas ligeras de armamento, donde permaneció hasta que fue destinado a Madrid en enero de 1808, con 41 años.

Ahí entró en contacto con Pedro Velarde Santillán, un capitán de la misma arma de 28 años nacido en Muriedas (Cantabria), y verdadero experto en trayectorias y velocidad de proyectiles. Por sus conocimientos, era profesor y Secretario de la Junta Superior Económica del Cuerpo de Artillería de Madrid, donde se encontraba destinado desde 1806. Juntos, Daoíz y Velarde urdieron en la primavera de 1808 la llamada "Confabulación de los artilleros", un plan de rebelión general contra la ocupación francesa que no fue secundado ni por el gobierno español, un títere en manos de Murat, ni por la mayoría del ejército.

Juntos organizaron la defensa del Cuartel de Monteleón

Pero cuando el pueblo se levantó en armas en la jornada del 2 de mayo, Velarde abandonó su destino al escuchar los primeros tiros, convencido de que había que luchar y morir si era necesario para combatir al ejército napoleónico. Cuando llegó al Parque de Artillería de Monteleón con los 37 soldados que había logrado reunir para su causa, desarmó a la guardia francesa y convenció a Daoíz, que estaba al mando, para entregar armas a los ciudadanos y organizar entre los dos la defensa del cuartel. Juntos, dirigieron una batalla que apenas duró tres horas, pues el enemigo contaba con efectivos diez veces más numerosos. Daoíz fue alcanzado en una pierna y, aunque siguió luchando, falleció a causa de las heridas recibidas en la calle Ancha de San Bernardo. Velarde resistió unos minutos más, hasta que murió de un disparo a quemarropa en el pecho. ■

Artilleros confabulados

Días antes del Dos de Mayo, Daoíz y Velarde urdieron un plan contra la ocupación francesa que no tuvo apoyo.



AISA

Con las tijeras puestas

1746-1848

Entre las víctimas del Dos de Mayo hubo una que el pueblo de Madrid convirtió rápidamente en su heroína: la jovencísima mostoleña Manuela Malasaña Oñoro, que era una costurera de sólo 15 años cuando los madrileños se levantaron contra las tropas de Murat. Manuela vivía en la calle de San Andrés nº 18, en el barrio que actualmente lleva su apellido y donde también tiene dedicada una calle, muy cerca del Parque de Artillería de Monteleón, foco de la resistencia. Al parecer, la joven volvía a su casa desde el taller en que trabajaba, cuando fue detenida en el trayecto por una pareja de soldados franceses que intentaron registrarla. Ella se opuso enarbolando sus tijeras de costura, por lo que fue hecha prisionera y ejecutada ese mismo día bajo la acusación de llevar un arma. La enterraron en el Hospital de la Buena Dicha, en la calle Silva, vecina a la actual Gran Vía. Su nombre figura con el nº 74 en la lista de víctimas del archivo municipal de Madrid, junto al de otros 408 fallecidos que también fueron identificados. Manuela Malasaña está retratada en la Sala de Heroínas del Museo del Ejército, con torera negra y camisa con chorreras.



Retrato de la costurera Manuela Malasaña.

AISA

AISA

Godoy
1767-1851

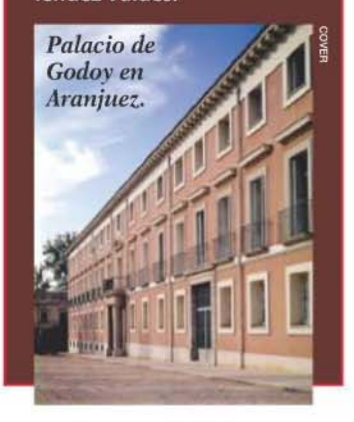
Gran parte de la población consideró a Godoy, favorito de los reyes y último valido español del Antiguo Régimen, responsable de la desastrosa situación política que culminó con la invasión gala.

Ministro universal, grande de España, Capitán General de los Ejércitos, regidor perpetuo de Madrid..., llevar la cuenta de los títulos que ostentó el pacense Manuel Godoy y Álvarez de Faria Ríos Zarosa en la cima de su poder no es fácil. Y eso que sus orígenes, si bien no fueron del todo humildes –había nacido en el seno de una familia hispanolusa de la baja nobleza–, no habrían permitido adivinar el decisivo papel que jugaría en el destino de la España de principios del siglo XIX. Bien formado en matemáticas, humanidades, esgrima, francés e italiano, Godoy entró a formar parte de la Guardia de Corps en 1784. Muy pronto, sin embargo, quedó claro que su estancia en la Casa Real no se limitaría a los barracones. Y es que en sólo ocho años, el pusilánime Carlos IV le promocionó desde cadete ¡a Primer Ministro! Las causas que motivaron esta meteórica carrera no están claras y caen en el abonado campo del rumor. Numerosas coplas populares apuntan a una posible relación amorosa con la reina, que le había tomado bajo su protección. Aunque el valido siempre rechazó esta hipótesis, lo cierto es que su forma de hacerse con el cargo no fue muy bien vista.

El nombramiento de Príncipe de la Paz que le otorgaron los reyes tras impulsar en Basilea el fin de la guerra de la Convención, sostenida contra Francia entre 1793 y 1795 y que supuso la pérdida de Santo Domingo, no contribuyó a mejorar su fama, especialmente cuando tan sólo un año después, el 18 de agosto de 1796, firmó el tratado de San Ildefonso, que convertía a los enemigos galos en aliados preferentes. Efectivamente, Godoy, que creía que los ingleses atacarían las posesiones españolas de ultramar, se apresuró a buscar el apoyo de Francia. Con ello también pretendía robustecer su posición frente a "interferencias" como la del brigadier Alejandro Malaspina, al que acusó de revolucionario y ordenó arrestar por proponer que se concediera una cierta autonomía a las colonias. Aún más, afianzó su poder emparentándose con la mismísima familia real al tomar como esposa a Teresa de Borbón, prima de Carlos IV, si bien era notoria su relación con Pepita Tudó.

Culta corrupción

El poder de Godoy sobre los reyes fue aún mayor que el que ostentaron en su momento otros validos, como el duque de Lerma o el conde-duque de Olivares, y su relación con los soberanos fue mucho más estrecha. Sin duda, aprovechó esta circunstancia en su propio beneficio, pero también llevó a cabo una intensa labor cultural. Fundó escuelas de veterinaria y de medicina y apoyó la creación del Observatorio Astronómico y de la Escuela de Sordomudos. Incluso se sabe que favoreció a artistas como Moratín, Goya y Meléndez Valdés.



Palacio de Godoy en Aranjuez.

COVER

Un polémico ramito de naranjas para la reina

Por todo ello, no deja de ser irónico que su caída la propiciaran las presiones del Directorio francés, que pese a todas las declaraciones de amistad no se fiaba de él. Aunque Godoy tuvo que abandonar así el cargo en 1798, la falta de acierto de sus sustitutos, los ministros Saavedra y Urquijo, le llevó de nuevo a la primera plana de la política. En 1801, al frente del ejército, conquistó varias plazas en Portugal durante una campaña de apenas 18 días conocida como Guerra de las Naranjas por el ramo de esa fruta que envió a la reina durante el sitio de Elvas. El Tratado de Badajoz, que puso fin al enfrentamiento, no satisfizo a Napoléon, que pretendía obligar a Portugal a renunciar a su alianza con Inglaterra. Bonaparte multiplicó, pues, la presión sobre la agotada monarquía española y Godoy, temeroso del auge de los descontentos con su política que se estaban reuniendo en torno al príncipe Fernando, intentó vincularse más al soberano galo. En el Tratado de Fontainebleu (1807), éste llegó a prometer al valido un reino en el Algarve portugués si se permitía que sus tropas atravesaran la Península para someter a los lusos, lo que resultó en la invasión de España. En el interior, la situación tampoco resultaba fácil para el Príncipe de la Paz, ya abiertamente enfrentado a Fernando, a cuyo partido acusó de intentar deponer a Carlos IV.

La grave crisis política y los rumores de que los reyes pretendían huir a América exacerbaron a la plebe, que dirigida por el partido fernandino asaltó la noche del 19 de marzo la residencia de Godoy. Golpeado y humillado, fue detenido y enviado más tarde a Bayona, escenario de las abdicaciones que llevarían al trono español a José Bonaparte. Así comenzó el exilio del favorito real. Abandonado por su esposa y por su amante, y acosado por Fernando, que confiscó sus bienes y le retiró sus títulos, se instaló en París, donde vivió de la pensión que le otorgó Luis Felipe de Francia. En 1847 fue rehabilitado por Isabel II y cuatro años después, prácticamente olvidado, falleció en la capital francesa. ■



AISA

***Parentela de alto* standing**
Godoy afianzó su poder casándose con Teresa de Borbón, prima de Carlos IV.

José Bonaparte

1768-1844

Llamado Pepe Botella por un pueblo que nunca le aceptó, José I quiso aplicar reformas para modernizar el país, pero la guerra y su condición de intruso impuesto por Napoleón lo impidieron.

El poder de la familia

José era el mayor de los 8 hermanos Bonaparte, una familia corsa con un fuerte sentido de clan; después venían Napoleón, Lucien, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. Desde jóvenes, los Bonaparte estuvieron muy unidos y tanto José como el entonces teniente Napoleón participaron en la lucha revolucionaria, así como Lucien, cuya denuncia en el club jacobino de Toulon del independentista corso Paoli obligó a toda la familia a huir a Francia en 1793. Años después, cuando Napoleón reunió un imperio que abarcaba media Europa, lo controló situando a sus parientes al frente. En 1806 nombró rey de Nápoles a su hermano José, que permaneció en el trono hasta que se fue a ocupar el de España en 1808; a su cuñado Murat le entregó el gran Ducado de Berg y luego le mandó a Nápoles a suplir a José. A su hermano Luis le dio el reino de Holanda, y situó en Westfalia a Jerónimo. Hizo virrey de Italia a su hijastro Eugenio y otorgó a su cuñado Baciocchi, marido de Elisa, los principados de Piombino y Lucca.



Mapa del Imperio Napoleónico.

PHOTOPLUS

Nacido en Córcega en 1768, el futuro José I de España fue un joven estudioso que se sintió atraído por las ideas de la Revolución Francesa. Licenciado en derecho en Pisa, estaba casado con Julie Clary –hija de un jabonero de Marsella– y dedicado a la abogacía, cuando la imparable carrera de su hermano Napoleón le llevó a la política, primero como embajador en Roma y luego en el Consejo de los Quinientos, el órgano legislativo del Directorio. Después del golpe de estado del 18 Brumario (1799), Napoleón le encomendó negociar tratados con EE UU, la Santa Sede, Austria e Inglaterra, y tras la instauración del Imperio en 1804, José fue nombrado príncipe, gran elector y senador.

En 1806, Napoleón le coronó rey de Nápoles. Pese a la hostilidad con que fue recibido por la población, José llevó a cabo reformas para acabar con los vestigios feudales del Antiguo Régimen, trató de poner en orden las finanzas y la deuda pública, y reestructuró el sistema judicial y el educativo.

Solo y aislado en la corte, se apoyó en los afrancesados

Algo parecido intentó en España durante su reinado (1808-1813), pero desde su llegada en julio de 1808, José I se topó con un pueblo en armas que no aceptaba la ocupación francesa. Su papel no fue fácil. Vino sin su mujer y sus dos hijas, acompañado de consejeros franceses que apenas le sirvieron, pues puso los asuntos de estado en manos de ilustrados españoles. Buscó el apoyo de afrancesados como Moratín, que le animó a construir una sociedad basada en "la razón, la justicia y el poder", pero al poco de llegar tuvo que huir de Madrid por la derrota francesa en Bailén. Refugiado en Buitrago, pensó en abdicar, pero la intervención directa de Napoleón le permitió fijar el gobierno en la capital.

Nunca tuvo la simpatía de la gente, que le llamaba Pepe Botella por su afición a la bebida –que no era cierta–, o Pepe Plazuelas porque impulsó la apertura de varias plazas en Madrid, entre ellas la de Oriente. Cada vez más aislado, en 1812 buscó un acuerdo con las Cortes de Cádiz que fue rechazado. Aun así, y pese al estado de conflicto en que reinó, sacó adelante leyes y suprimió la Inquisición, que sería restituida por Fernando VII. Las derrotas francesas de Arapiles (1812) y Vitoria (1813) le pusieron en la picota, las Cortes de Cádiz aprobaron la confiscación de sus bienes y José se marchó de España en junio de 1813.

Permaneció en Francia hasta 1815, cuando tras la caída definitiva de Napoleón se fue a EE UU, donde vivió hasta 1832 en una lujosa mansión de Filadelfia con el título de conde de Survilliers acompañado de una amante americana. Luego volvió a Europa y se estableció en Florencia, donde murió. Culto, racionalista, aficionado a la literatura, José Bonaparte no era un mal hombre pero le vino grande el papel que le asignó su hermano. ■



PRISMA

También fue "Pepe Plazuelas"

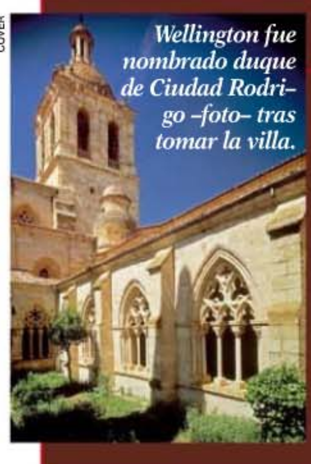
Éste fue otro mote que puso el pueblo de Madrid a José I –al lado, sosteniendo unos planos–, por su afición a proyectar nuevas plazas para la ciudad.



El comandante de las fuerzas británicas en la Península jugó un papel decisivo en la derrota francesa. Aun así, las relaciones con sus aliados españoles distaron de ser cordiales.

De niño, nada hacía pensar que Arthur Wellesley, que con los años llegaría a ser nombrado primer duque de Wellington, fuera a convertirse en uno de los estrategas británicos más brillantes de la Historia. Perteneciente a una familia de la pequeña nobleza irlandesa, ni siquiera trascendió la fecha exacta de su nacimiento, que tuvo lugar algún día de principios de 1769 seguramente en Dublín. Soñador, tímido por naturaleza y mediocre en los estudios, pasó desapercibido entre los colegiales de Eton, una prestigiosa institución de las proximidades de Windsor. En palabras de su propia madre, "era carne de cañón y poco más". En 1785 ingresó en la academia militar de Angers, pero pese a los ascensos y promociones que le aseguraban la fortuna de sus padres, no comenzó a tomar en serio la carrera de las armas hasta 1793. Ese año, despechado por la familia de la joven Catherine Pakenham, a la que conocía desde la infancia y cuya mano había solicitado, decidió dar un cambio a su vida, se puso al frente de un regimiento y se dirigió a la guerra contra la Francia Revolucionaria.

Tres años después, Wellesley fue enviado a la India, donde intervino en la guerra anglo-maharata y comandó con habilidad las fuerzas militares de la ciudad de Srirangapatnam. En 1805, cuando regresó a Inglaterra, ya se había ganado una sólida reputación como militar ordenado, minucioso y previsor, por lo que no resultó una sorpresa que a mediados de junio de 1808 fuera nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias británicas para Portugal y España, lo que le confería el mando de unos 10.000 hombres. Para entonces, Wellesley ya llevaba dos años casado con su amada Catherine.


Wellington fue nombrado duque de Ciudad Rodrigo –foto– tras tomar la villa.

COVER

De Waterloo a la arena política

Algunos historiadores consideran que los éxitos de Wellington se debieron más a su habilidad como político que a su genio en el campo de batalla. Efectivamente, este estratega, que había sido nombrado Grande de España tras la toma de Ciudad Rodrigo y creía que la responsabilidad sobre el ejército debía estar dividida entre las autoridades civiles y militares, conoció a fondo los entresijos del mando civil y castrense. En 1827 le fue concedido el mando supremo del ejército y sólo unos meses después fue nombrado Primer Ministro, un cargo que ocupó entre 1828 y 1830 y desde el que impulsó la emancipación católica. Aún más, retó a un duelo al conde de Winchilsea cuando éste le acusó de planear la destrucción de la constitución protestante. Wellington se retiró de la escena política británica en 1846.

En territorio peninsular, los ingleses tendrían que vérselas con el ejército napoleónico, una máquina de guerra bien engrasada que se había apoderado de media Europa en un visto y no visto. Para enfrentarse a ella, Wellington planeó disponer sus fusileros en línea, lo que aumentaba enormemente su potencia de fuego.

Comandante en jefe de las fuerzas angloespañolas

En 1809, durante la campaña de Talavera, Wellington obtuvo ciertas victorias tácticas, si bien no le fue fácil estrechar lazos con sus socios españoles. Primero, con el General Cuesta, con el que mantenía diferencias insuperables, y luego con las Cortes, cuyos principios democráticos despreciaba. Ello no impidió que fuera nombrado en 1812 comandante en jefe del ejército español tras sus victorias en Ciudad Rodrigo y Salamanca, hoy considerada por los historiadores británicos una de las más importantes de la carrera de este estratega, que en la práctica supuso el descrédito de José Bonaparte y su huida de Madrid.

El gobierno británico correspondió al trabajo de Wellesley en España nombrándole duque de Wellington. En nuestro país, la toma de Ciudad Rodrigo le valió el título de duque, con los beneficios de un Grande de España. Y sin embargo, la cima de su carrera militar se produjo lejos de la Península. Sucedió en 1815, cuando en Waterloo se impuso definitivamente sobre Napoleón. Eso sí, de España no sólo se llevó un importante currículo castrense. Con la bendición de Fernando VII se convirtió en el propietario de 165 cuadros de Tiziano, Murillo, Velázquez y Leonardo, entre otros, que "rescató" del equipaje de José Bonaparte. Ya instalado en Inglaterra, Wellington, considerado un héroe nacional, se lanzó a la arena política, una tarea que acometió desde posiciones ultraconservadoras hasta pocos años antes de su muerte, el 14 de septiembre de 1852. ■

El "pérfido" aliado inglés
Pese a su apoyo, Wellington despreciaba a los españoles, a los que consideraba "presumidos e incapaces para el esfuerzo".

ASA



Fue el líder carismático de la guerrilla contra el ejército napoleónico y después un adversario tenaz del rey absolutista.

Las partidas de guerrilleros que por libre y a la brava funcionaron en el territorio español durante la Guerra de la Independencia tuvieron un papel clave por su desconcertante forma de actuar que desgastó al ejército francés. Su líder más famoso fue Juan Martín, El Empecinado. Nacido en una familia de labradores de Castrillo de Duero (Valladolid), con 18 años se alistó voluntario en la Guerra del Rosellón (1793-1795), que enfrentó a España contra la Francia revolucionaria y que se saldó con derrota y la pérdida de Santo Domingo. A Juan Martín le valió el reconocimiento del General Ricardos, que le nombró su ordenanza. Acabada la guerra, volvió a su tierra y con 21 años se casó con Catalina de la Fuente, vecina de Fuentecén (Burgos), donde trabajó el campo hasta que el ejército napoleónico entró en España en 1808.

Dice la leyenda que El Empecinado decidió combatir por su cuenta a los invasores cuando supo que una joven de su pueblo había sido violada por un soldado francés. Cierto o no, el caso es que Martín reclutó a amigos y familiares y montó una partida de guerrilleros que acosaban al enemigo en la ruta entre Madrid y Burgos a base de interceptar correos y convoyes y apresando soldados.

Fue apresado por retener en su casa a una dama francesa

Después, El Empecinado se unió al ejército español para combatir en campo abierto en Medina de Rioseco y Cabezón de Pisuerga, pero sendas derrotas le hicieron pensar que sería más eficaz actuar por su cuenta. Fue así, a finales de 1808, como encadenó victorias en Aranda de Duero, Sepúlveda y Pedraza que le dieron fama en toda Castilla. Tanta que el general De la Cuesta le mandó apresar por haber retenido en su casa a una dama francesa en lugar de entregársela a él, pero Martín escapó y reunió una guerrilla que llegó a contar con 5.000 efectivos.

Por sus éxitos, El Empecinado fue nombrado capitán de caballería en 1809, y en 1810 brigadier. Su guerrilla hizo tanto daño a los franceses que el mismo Napoleón intentó "ficharle" para que trabajara para José Bonaparte, pero se negó. Entonces secuestraron a su madre para presionarle, pero él amenazó con fusilar a 100 soldados franceses que tenía en su poder y ella fue liberada. Entre 1811 y 1813, Martín y sus hombres combatieron en la zona entre Madrid, Cuenca y Guadalajara. Alcalá de Henares fue el escenario en 1813 de una de sus acciones más sonadas, cuando venció a un ejército francés que le doblaba en número. Fernando VII autorizó un monumento en su honor en Alcalá, pero lo hizo derribar más tarde por considerarle un peligroso liberal.

Y es que, acabada la guerra, Juan Martín tuvo a su peor enemigo en el rey felón, que pagó con castigos y desprecio su coherencia y patriotismo. Primero Fernando VII quiso congraciarse con él y en 1815 le nombró mariscal y le ofreció por medio de un emisario un millón de reales y el título de conde si abandonaba el liberalismo, a lo que el guerrillero contestó pidiéndole que restableciera el texto constitucional de 1812: "Diga usted al rey que si no quería la Constitución, que no la hubiera jurado; que el Empecinado la juró y jamás cometerá la infamia de faltar a sus juramentos". El gesto le costó el destierro en Valladolid.

No es extraño que cuando Riego se pronunció en 1820 contra Fernando VII, Juan Martín volviera a las armas, esta vez contra las tropas realistas. Con la victoria liberal, fue gobernador militar de Zamora y Capitán General, pero la vuelta al absolutismo en 1823 le convirtió en proscrito. Desterrado en Portugal, pidió permiso para volver a España con garantías y le engañaron vilmente: fue detenido mientras dormía en Olmos de Peñafiel, encarcelado durante dos años en Nava de Roa y ahorcado el 19 de agosto de 1825. ■

Un mote que ha triunfado


Castrillo de Duero, cuna de El Empecinado.

JAVIER PRIETO GALLEGO

Empecinados era el sobrenombre que recibían los habitantes de Castrillo de Duero, el pueblo vallisoletano donde nació Juan Martín. La palabra deriva de pecina, que es el lodo o cieno negruzco que se forma en los charcos o cauces donde hay materias orgánicas en descomposición, y que al parecer abundaban en el arroyo Botija, que pasaba por la localidad. Es decir, Juan Martín era llamado El Empecinado por haber nacido en Castrillo.

Cuando sus actos de hostigamiento constante a los franceses se propagaron, el guerrillero se convirtió en un ídolo en Castilla y su apodo en sinónimo de luchador obstinado. Tanto que en 1814 se le otorgó por Real Orden el privilegio de usarlo y firmar con él los documentos oficiales, derecho extensible a sus hijos y herederos. Desde entonces, en el habla popular y luego en el diccionario, el verbo empecinarse, derivado de empecinado, significa empeñarse en algo por encima de lo razonable.


Peligroso liberal
Así le consideró Fernando VII, que le condenó al destierro y luego a muerte por su lealtad a la Constitución.

PRISMA

José Palafox

1776-1847

Militar heroico para algunos, imprudente y frívolo para otros, este general dirigió la lucha aragonesa contra la invasión napoleónica y luego sufrió el desprecio de Fernando VII, a quien había sido fiel.

José Rebolledo de Palafox y Melci nació en Zaragoza en una familia aristocrática. Su padre era el Marqués de Lazán y su madre, la ítaloflamenca Paula de Melci, había llegado a España como dama en el séquito de Carlos III. Aunque él era 36 años mayor, la unión fue sólida y tuvieron cuatro hijos; José era el tercero.

Como muchos niños bien de la época, los hermanos Palafox y Melci entraron en el Real Cuerpo de Guardias de Corps. José era brigadier en mayo de 1808. Fiel al entonces príncipe Fernando, Palafox fue a Bayona para liberarle, pero al ser descubierto tuvo que huir a pie hasta Zaragoza, que encontró tomada por los franceses y se refugió en La Alfranca. Desobedeciendo las órdenes del general Guglielmi de que se presentara en su puesto, Palafox se puso al frente de la rebelión popular, fue nombrado capitán general por la Junta de Defensa y declaró la guerra a Francia.

Gravemente enfermo de peste, se negó a rendirse

Tras 61 días de asedio, la ciudad resistió y los franceses se retiraron, pero el ejército napoleónico volvió a cercar Zaragoza el 30 de noviembre de 1808. Durante el segundo sitio, que se prolongó tres meses, Palafox cayó enfermo de peste y, aunque no podía tenerse en pie, se negó a rendirse. El 24 de enero de 1809, los franceses tomaron la ciudad y Palafox fue llevado a la prisión de Vincennes, en París, donde permaneció hasta 1813, cuando la derrota napoleónica le permitió volver a España.

En 1814 recobró el grado de capitán general, pero perdió la confianza real por liberal y estuvo lejos de la vida pública hasta 1820. Durante el trienio liberal Fernando VII le nombró comandante de la Guardia Real, pero le retiró todos sus cargos al retornar el absolutismo. En la regencia de María Cristina le acusaron de conspiración, aunque salió absuelto. Murió de apoplejía a los 71 años.

Su figura como héroe nacional es controvertida. Hay quien discute su papel como estratega por haberse atrincherado en Zaragoza dada la dificultad de defenderla y el coste humano que implicaba. Otros piensan en cambio que esa decisión catapultó el espíritu de resistencia en otros puntos de España e hizo ver a los franceses que la conquista no iba a ser fácil. Durante el sitio se le ha reportado compartiendo la suerte del pueblo –"sus criados se reducían a un soldado miliciano y dos lacayos", según el intendente Calvo de Rozas–, pero hay quien cree que fue el mejor propagandista de sí mismo al mandar llamar a Goya para que plasmara las ruinas de Zaragoza "apenas se levantó el primer sitio", según narración de Alcalde Ibieca. ■



Victorioso y moroso

Acabada la guerra, Palafox encargó a Goya que le pintara triunfante en este famoso retrato ecuestre. El pintor le pidió por el trabajo un "socorro" de 80 doblones, que el general no le pagó.

AISA

CEDIDA TURISMO MADRID

El Palacio Real de Madrid de noche.

El Marqués

1746-1848

Palafox tenía un hermano mayor llamado Luis, que heredó el marquesado de Lazán y era Guardia de Corps en el Palacio Real de Madrid. Como tal fue enviado por Murat a Zaragoza el 1 de junio para que convenciera a su hermano José de que no se rebelase contra Francia, pero el Marqués hizo justo lo contrario: se unió a la resistencia y se dirigió a Tudela con una columna para parar la invasión francesa. Tras fracasar, se incorporó a la defensa de Zaragoza.

Cuando subió al trono Fernando VII, de quien era fanático partidario, Luis Palafox se ocupó de informarle sobre los diputados que habían colaborado con José Bonaparte. Defensor del absolutismo, pidió al rey la abolición del decreto de 1811 que extinguía el régimen señorial. En 1815 fue nombrado capitán general de Aragón. Contrario a la Constitución de 1812, fue cesado cuando el pueblo de Zaragoza la aprobó en 1820. En la década absolutista lo rehabilitaron con el cargo de protector del Canal Imperial.

Fernando VII 1784-1833

El mezquino y traidor Fernando VII, que pretendió deponer a su padre para ascender al trono y flirteó con Napoleón, ha pasado a la posteridad como el personaje más indeseable de la historia de España.

Traidor, felón, bellaco..., los epítetos negativos se multiplican en torno a Fernando VII, un personaje que ostenta el dudoso honor de ser considerado por numerosos historiadores una de las mayores lacras de la historia de España.

El tercer hijo de los reyes Carlos IV y María Luisa, que había nacido en El Escorial, pronto manifestó su odio hacia el valido Manuel Godoy, una actitud en la que pudo influir su preceptor, Juan Escoiquiz.

A la caza de un buen partido en la casa de Napoleón

En 1806, tras la muerte de la princesa María Antonia de Nápoles, con la que había contraído matrimonio, Fernando entró en conversaciones secretas con Napoleón, a quien le solicitó la mano de una dama de su familia para trabar parentela con él. En la práctica, se trataba de socavar la autoridad de Carlos IV, una conjura que fue descubierta y sometida a juicio en el proceso de El Escorial. Éste concluyó en enero de 1808 con la concesión del perdón al príncipe que, lejos de agradecerlo, incitó un motín en Aranjuez que culminó con la destitución de Godoy y la abdicación del rey. Así, el 19 de marzo comenzó a gobernar como Fernando VII, un reinado que se prolongaría sólo unas semanas, hasta que Napoleón le obligó a ceder la corona en Bayona.

En 1810, mientras el depuesto rey-hijo vivía un exilio dorado en el castillo francés de Valençay, el Consejo de Regencia reunió las Cortes en Cádiz y declaró "legítimo rey a Fernando VII". Efectivamente, se había convertido en *El Deseado*, pero su regreso a España en 1814 no fue, ni por asomo, como muchos esperaban. El monarca, al que algunos diputados le pidieron a través del Manifiesto de los Persas que restaurase el sistema absolutista, se negó a jurar la Constitución de Cádiz y disolvió las Cortes. Una serie de pronunciamientos liberales –Mina, Porlier, Lacy, Vidal, Riego– le obligó a acatar el régimen constitucional desde el 10 de marzo de 1820. Aquel paréntesis –el Trienio Liberal– concluyó en abril de 1823 con la entrada en España a petición del monarca de los Cien Mil Hijos de San Luis, la nueva imposición del absolutismo y el inicio de la Década Ominosa.

Ni siquiera la desaparición de Fernando trajo la tranquilidad a España. Y es que, tras enviudar de María Antonia de Nápoles, Isabel de Portugal (+1818) y María Josefa Amalia de Sajonia (+1829), se casó con María Cristina de Borbón-Nápoles, que le dio dos hijas, Isabel y María Luisa Fernanda. Aquello originó un grave problema sucesorio, pues la Ley Sálica impedía reinar a las mujeres. Fernando derogó la medida mediante una Pragmática que encolerizó a los partidarios de su hermano, el pretendiente Carlos María Isidro de Borbón. Así, a la muerte del rey, que falleció de apoplejía el 29 de septiembre de 1833 en Madrid, quedó como heredera Isabel, un acontecimiento que precipitó la Primera Guerra Carlista. ■

"Vacaciones" en Valençay

Dice el historiador Pedro Voltes en la obra que dedica a Fernando VII, que Napoleón no pudo ser más sarcástico cuando encomendó a Talleyrand, príncipe de Benevento, que hospedara en su castillo de Valençay a los Borbones durante su cautiverio, ya que "hacía dos años que había recibido de Godoy un opulento soborno". Parece que a Talleyrand no le sentó nada bien la estancia de Fernando VII en su casa: su comitiva era repetidamente agasajada con bailes –Talleyrand denunció indignado que tuvo que cambiar el suelo–, fuegos artificiales –que afectaron al tejado del castillo, para espanto del francés–, y Fernando pudo dedicar largas horas al bordado, al que era muy aficionado. Según Voltes, la huida le disgustaba tanto, que cuando un agente francés encubierto le propuso escapar, "manifestó el más completo horror, abominó de su nación y aprovechó para escribir a Napoleón rogándole que le adoptara como hijo".


CONTACTO

Esta cámara del castillo de Valençay alojó a Fernando VII.

¿Por qué a mí?

El carácter apático, la voz aflautada y el físico del príncipe Fernando hicieron llorar a su prometida María Antonia de Nápoles cuando le conoció en 1802.

COVER

Agustina de Aragón

1786-1857

Icono máximo de la resistencia patriótica, la azarosa biografía de esta catalana es un fiel reflejo de uno de los momentos más convulsos de nuestra historia.

Aunque Agustina Zaragoza y Domènech había nacido y se había casado en Barcelona, en 1808 se encontraba en la capital aragonesa, cercada por las tropas napoleónicas. Hasta allí había llegado siguiendo a su marido, el sargento artillero Juan Roca Vilaseca, que ya había combatido en Portugal y Cataluña.

Según la leyenda, Agustina logró por sí sola poner en fuga a una columna enemiga que intentaba penetrar en la ciudad por una posición desguarnecida. La versión popular asegura que accionó un cañón abandonado tras observar llena de furia cómo una bala francesa acababa con la vida de su amante, pero, como suele suceder, la realidad fue menos romántica. De hecho, la propia heroína relató tiempo después cómo sucedieron los acontecimientos, cuando estos ya corrían de boca en boca por toda Europa: "Al poco de llegar los artilleros al Portillo, cae de un balazo en el pecho el cabo que mandaba; y caen también de una granada y abrasados casi todos los artilleros, quedando inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada. Ya se acercaba una columna enemiga cuando, tomando la Exponente un botafuego, pasa por entre muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla, aprovechada de tal suerte que, levantándose los pocos artilleros de la sorpresa en que yacían a la vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo y obligan al enemigo a una vergonzosa retirada".

Una mole de dos toneladas letal contra la infantería

El cañón que disparó Agustina, de dos toneladas y tres metros de largo, era un modelo diseñado para proteger fortificaciones que disparaba balas de 11 kilos. Para ello se precisaban diez artilleros, y si se cargaba con metralla, ésta hacía literalmente picadillo todo lo que encontraba a su paso. Según el cronista aragonés Agustín Alcaide, "el cañonazo causó en la columna francesa una destroza y mortandad extraordinaria".

Aunque la zona fue asegurada por una compañía de escopeteros, la victoria resulto efímera, y Agustina cayó presa tras la rendición de la ciudad en febrero de 1809.

La audaz joven logró evadirse, pero las penurias y la falta de recursos acabaron con la vida de su hijo, que también había sido capturado. Agustina solicitó entonces al alto mando el rango de capitán, aunque hubo de conformarse con el de alférez de infantería. En 1810, después de viajar a Sevilla y Cádiz y ser agasajada por el comandante británico Wellington en persona, se dirigió a Tortosa en busca de su marido, que servía una batería. Allí, una vez más fue capturada en enero de 1811, pero de nuevo se las ingenió para escapar, y se cree que tras pelear un tiempo en una guerrilla llegó a participar en la batalla de Vitoria de 1813. Terminada la guerra, Fernando VII la recibió en la corte y volvió a Barcelona con su marido, con el que tendría un segundo hijo.

Aun así, los años más duros estarían por llegar. Enfermo de tuberculosis, su esposo abandonó el ejército en 1822 y murió un año después. Agustina, destrozada, se vio obligada a empeñar casi todos sus bienes y se mudó a Almería, donde en 1824 volvió a casarse, en esta ocasión con un joven médico con el que tendría una hija. La artillera se instaló luego en Ceuta, donde fue muy querida por la población, hasta que a principios de 1857 sufrió una repentina afección pulmonar y falleció al poco tiempo, el 29 de mayo. Fue enterrada uniformada y con su sable sobre el ataúd con todos los honores. En 1870, sus restos fueron trasladados a Zaragoza y se depositaron en el Pilar, hasta que en 1909 viajaron a un mausoleo de la iglesia del Portillo, a sólo unos metros de donde empezó a forjarse su leyenda. ■

AISA

Cañonera distinguida
Por su hazaña, Agustina fue condecorada y recibió los escudos de distinción "Defensora de Zaragoza" y "Recompensa del valor y patriotismo".

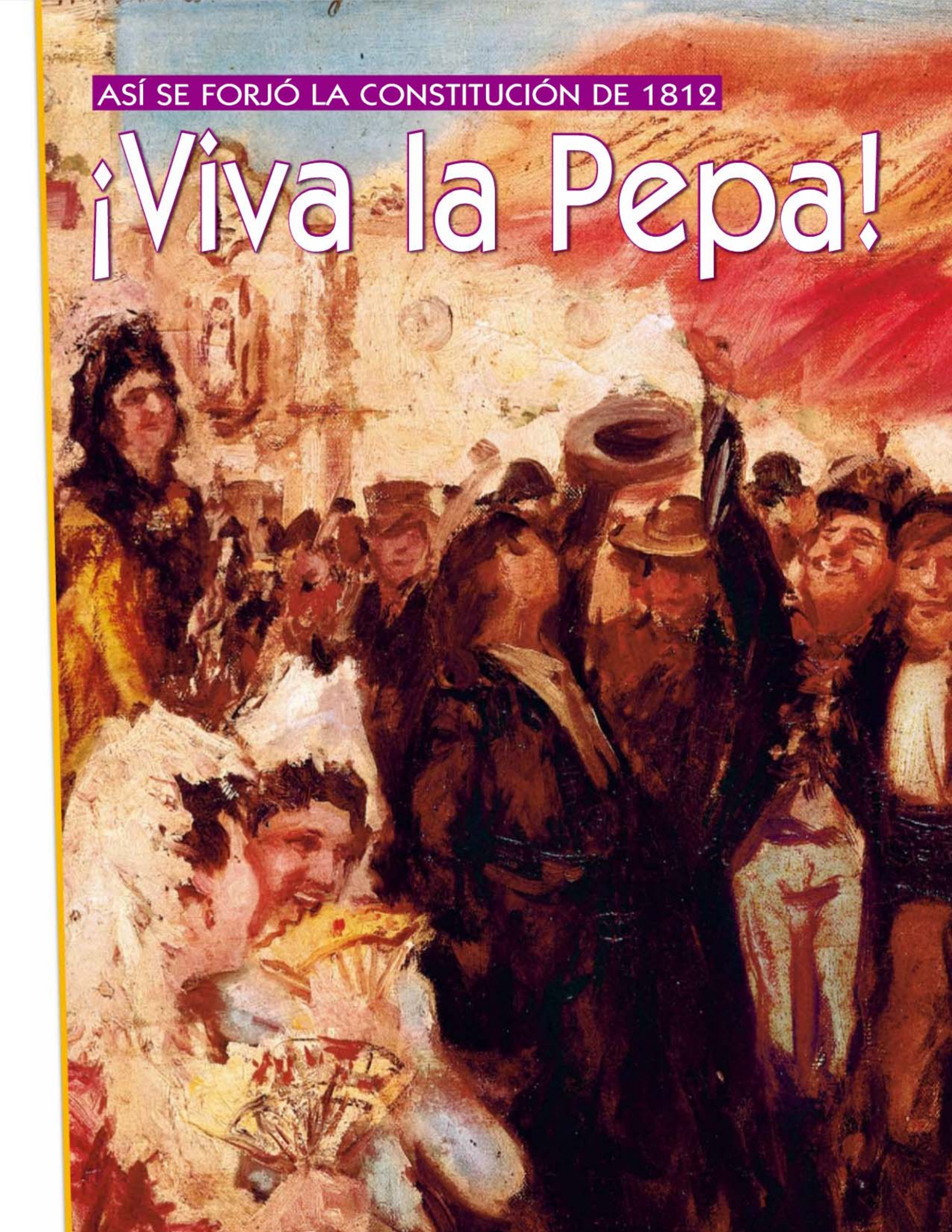
La otra heroína de Zaragoza

En la Guerra de la Independencia, Agustina no fue la única mujer que se jugó el tipo. Precisamente, en la misma Zaragoza, María de la Consolación Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta (1775-1814), dirigió un cuerpo especial femenino encargado de atender a los heridos y garantizar la entrega de suministros. De hecho, decidió poner su mansión a disposición de las autoridades y la convirtió en hospital, e incluso llegó a empuñar las armas. Tras la caída de Zaragoza, se le permitió abandonar la ciudad, a la que volvió una vez terminada la guerra. Más tarde, Fernando VII la condecoró "como correspondía a una defensora de la patria". Falleció a los 39 años, víctima de una gangrena.


María Azlor convirtió en hospital su mansión de Zaragoza.

ASÍ SE FORJÓ LA CONSTITUCIÓN DE 1812

¡Viva la Pepa!





Noticias frescas

Así narraba el periódico gaditano Conciso, *del 20 de marzo de 1812, los hechos ocurridos el día anterior: "Se leyó la Constitución por los Sres. Terán y Navarrete. (...) Preguntó el Sr. Terán: ¿Es ésta la Constitución que las Cortes han sancionado? Se levantaron todos los diputados y el Sr. Secretario dixo: Está declarado que es ésta". Así se promulgaba esta Carta Magna, que los gaditanos acogieron con entusiasmo, tal y como se recoge en este cuadro del pintor Federico Godoy.*

AISA

La Carta Magna sancionada por las Cortes de Cádiz fue la primera Constitución de corte liberal en la España absolutista. Sin embargo, los ciudadanos apenas pudieron disfrutar de unas reformas que Fernando VII derogó inmediatamente a su regreso.

Por **Fernando Cohnen**

El de 1812 fue en España un año de hambre y miseria. Mesonero Romanos, que en aquel entonces era un niño de nueve años, recordaba que la falta de alimentos sembraba de cadáveres las calles de Madrid. Un militar del ejército napoleónico, el capitán Marcel, fue testigo de una escena terrible: "Un niño que acababa de morir de inanición fue comido por sus pequeños compañeros, que devoraban ante nuestros ojos sus miembros descarnados".

Para muchos españoles, el hambre y la profunda depresión económica eran un problema más acuciante que la crisis de la monarquía, las disputas políticas entre liberales y conservadores o la lucha contra el invasor francés. La quiebra de España, que había entrado en declive un siglo antes, se agravó con los desastres de la guerra. En 1812, con la familia real española retenida en Francia por orden de Napoleón y con un país sumido en el caos bélico, muchos políticos conservadores y liberales se habían replegado a Cádiz. Allí buscaban organizar la resistencia contra el invasor y redactar una Constitución capaz de solucionar los problemas económicos y políticos que, desde hacía décadas, aceleraban la decadencia del país.

Un país sumido en la pobreza, el hambre y el caos social

Finalmente, las Cortes Generales proclamaron la Constitución el 19 de marzo de 1812, día de San José, motivo por el que fue popularmente conocida como "la Pepa". Sus promotores se enfrentaban a una tarea titánica: debían asentar los pilares de una moderna monarquía parlamentaria y solucionar unos problemas económicos que venían de lejos. Tal y como señala el historiador Josep Fontana en su libro *La época del liberalismo*, "el hundimiento de la monarquía española como gran potencia ya era una realidad antes de la invasión francesa".

El ascenso al trono de Carlos IV en 1788 fue visto por algunos de sus contemporáneos ▶

como la puntilla final para la definitiva bancarrota del Estado. El nuevo rey, según lo describía un clérigo de la época, "era débil, flojo y menos sagaz de lo que conviene a un soberano". Su falta de interés en los asuntos de estado y la nefasta política económica que llevó a cabo su valido Godoy facilitaron los planes de Napoleón de invadir la Península.

Los datos sobre la situación social que atravesaba el país en 1808 son demoledores. Si el 75% de los franceses sabía escribir, el 85% de los españoles era analfabeto. En aquel entonces, España tenía alrededor de once millones de habitantes, de los cuales sólo un 6% vivía en las ocho ciudades que tenían más de 50.000 habitantes. La mayor villa española era Madrid, seguida de Valencia, Barcelona, Sevilla y Cádiz.

Las gentes que dependían del campo rondaban nada menos que alrededor del 80% y el resto se acomodaba en pequeñas poblaciones. Antes de la invasión napoleónica, los campesinos malvivían con una alimentación frugal, compuesta de pan, gachas o migas. Pero la guerra les sumió en una existencia todavía más miserable debido a los continuos saqueos de las tropas francesas, inglesas y españolas, que les arrebataron las pocas cabezas de ganado y los escasos víveres que almacenaban para su supervivencia.

El vergonzoso espectáculo de Carlos IV y Fernando VII en Bayona

Napoleón, que culpaba a la Iglesia y a la monarquía de la decadencia que sufría España, dejó constancia escrita de sus sentimientos hacia los Borbones. "Es de justicia expulsarlos del trono. Y lo es también por el interés de mi dinastía, de Europa y de España. En cuanto a Fernando VII, el presunto rey, es el enemigo de Francia", sentenció el Emperador, que tuvo oportunidad de ser testigo de algunas de las agrias disputas de la familia real española en su obligado exilio francés.

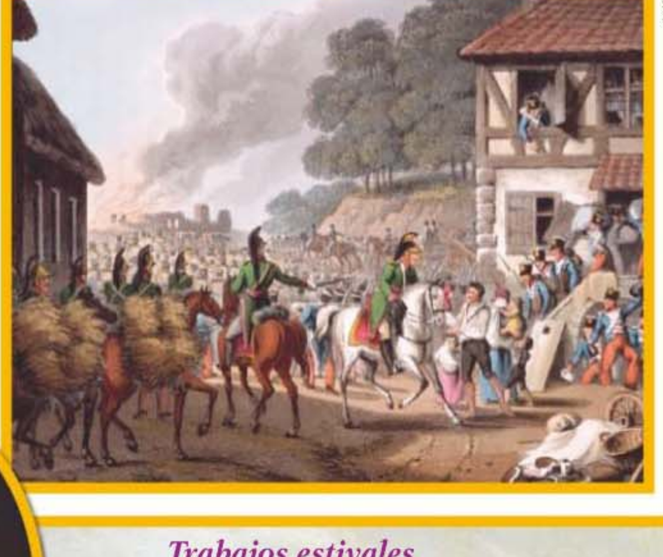
Acobardado por su precaria situación en Bayona, Carlos IV le reprochaba a su hijo Fernando haberle usurpado la corona, y el hijo le respondía con insolencia que no era digno de ella. La madre, arrebatada de ira, insultaba a su vástago y defendía al mismo tiempo a su favorito Godoy, aquel joven de la Guardia de Corps que, medrando en la Corte, logró convertirse en Grande de España y en el hombre más poderoso del reino.

El 6 de mayo de 1808, tras devolver la corona a su padre, el joven Fernando renunció a sus derechos como heredero del trono español. Su progenitor, Carlos IV, confirmó al mariscal francés Murat como su lugarteniente en Madrid y entregó el poder a Napoleón, que a renglón seguido nombró a su hermano, José Bonaparte, rey de España.

"Habrá gritos y lágrimas. Pero esta gente no es nada... ¡País de monjes y curas, que precisa una revolución!", comentó Napoleón a Talleyrand. Sin embargo, tras la revuelta madrileña del Dos de Mayo, la insurrección se extendió como la pólvora por toda la Península. El "Corso" no tuvo en cuenta la identidad colectiva de los españoles, que defendieron con uñas y dientes sus tierras, su monarquía y su religión católica.

En un intento de granjearse el apoyo de los españoles, Napoleón trató de introducir amplias reformas administrativas que paliasen el desastroso gobierno de Carlos IV. Con ese fin se redactó el Estatuto de Bayona, que recogía de forma fiel el ideario del Emperador francés. Como reacción a esa especie de Constitución otorgada por el invasor, y también con el fin de llenar el vacío que había dejado la monarquía, los patriotas crearon 18





COVER

Muertos de hambre

La España de Carlos IV –retratado abajo por Goya– estaba sumida en una pobreza que se agravó con la guerra. Así, las tropas galas robaban en los pueblos los escasos alimentos que encontraban –escena representada por L. H. Clark–.

AISA



AISA

El mariscal Murat

El cuñado de Napoleón –dcha., su retrato por F. Gerard– aspiró a ser rey de España.

AISA

Trabajos estivales

En este cuadro conocido como La era o El verano, *Goya muestra a los campesinos labrando unas tierras de las que nunca eran propietarios.*

Napoleón culpaba a la Iglesia y a la monarquía de la decadencia que sufría España, por lo que encontraba justo expulsar a los Borbones del trono

Juntas supremas provinciales presididas por miembros de las clases privilegiadas y de la jerarquía eclesiástica.

Sin embargo, el esfuerzo de aquellos patriotas se topó con la confusa situación política del país. Aunque había un generalizado sentimiento de hostilidad hacia los franceses, España estaba dividida. Había una minoría que luchaba contra Napoleón y contra el Antiguo Régimen borbónico. Pero existía también otra gran masa social que, además de combatir contra el invasor, defendía los valores que promulgaban el absolutismo y la Iglesia.

Unas Cortes Generales con un apretado plan de trabajo

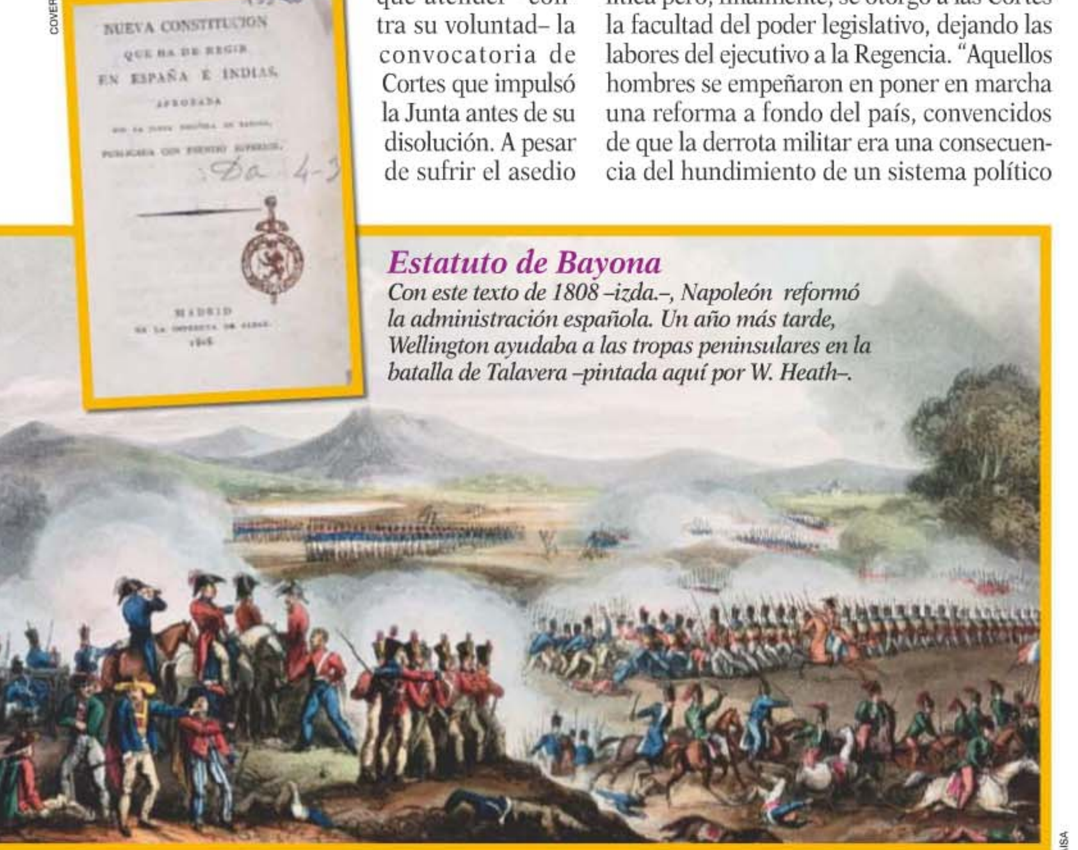
En julio de 1809, una fuerza británica dirigida por Wellington se unió a las mermadas tropas españolas para juntos derrotar a los franceses en Talavera. Sin embargo, los tropiezos posteriores de los ejércitos españoles en Alba de Tormes y Cuenca desestabilizaron definitivamente a la Junta suprema central, que, tras refugiarse en Cádiz, cedió el poder a una Regencia que tampoco logró mejorar la situación militar.

Llegado el verano de 1810, y ante la presión de los diputados que iban llegando a Cádiz, la Regencia tuvo que atender –contra su voluntad– la convocatoria de Cortes que impulsó la Junta antes de su disolución. A pesar de sufrir el asedio y los bombardeos de la artillería enemiga, la ciudad andaluza y la cercana Isla de León –actual San Fernando– pudieron ser abastecidas por mar ante la ausencia de navíos franceses.

El 24 de septiembre de 1810, los diputados asistieron a una misa en la iglesia parroquial de la Isla de León, tras la cual asumieron la defensa del reino en los siguientes términos: "¿Juráis la santa religión católica, apostólica, romana, sin admitir otra alguna en estos reinos? ¿Juráis conservar en su integridad la nación española, y no omitir medio alguno para liberarla de sus injustos opresores? ¿Juráis conservar a nuestro amado soberano, el señor don Fernando VII, todos sus dominios y, en su defecto, a sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle en el trono?".

Tras el juramento, los diputados y las autoridades se dirigieron al teatro Cómico de la Isla de León, actual teatro de las Cortes, donde dio comienzo la primera sesión de las Cortes Generales y Extraordinarias. Desde sus diferentes ideologías, los diputados compartían un mismo objetivo: vencer al ejército invasor, sacar al imperio español de su situación de bancarrota y restaurar en el trono a Fernando VII.

Fue un difícil proceso de negociación política pero, finalmente, se otorgó a las Cortes la facultad del poder legislativo, dejando las labores del ejecutivo a la Regencia. "Aquellos hombres se empeñaron en poner en marcha una reforma a fondo del país, convencidos de que la derrota militar era una consecuencia del hundimiento de un sistema político



Estatuto de Bayona

Con este texto de 1808 –izda.–, Napoleón reformó la administración española. Un año más tarde, Wellington ayudaba a las tropas peninsulares en la batalla de Talavera –pintada aquí por W. Heath–.

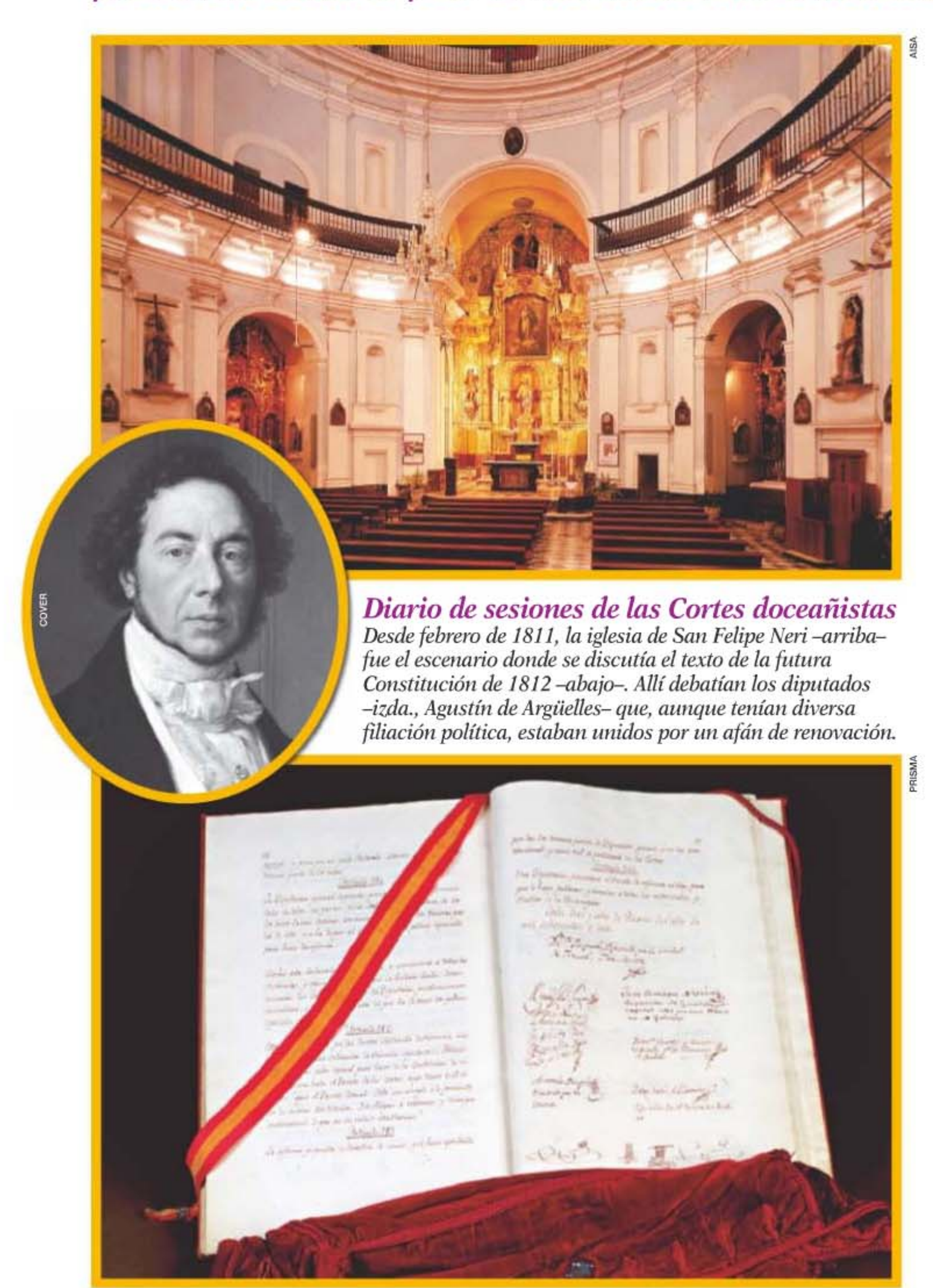
Los vaivenes de un cuadro



La parte superior derecha fue la que sufrió las continuas modificaciones.

L*a Alegoría de la Villa de Madrid* –lienzo de Goya que se expone en la Colección del Museo Municipal de la capital– fue pintado en 1809, cuando la ciudad ya estaba ocupada por los franceses. El cuadro exhibía en un óvalo grande el retrato de José I, hermano de Napoleón. Tras la batalla de Los Arapiles, el ejército francés abandonó Madrid y el Ayuntamiento decidió borrar la figura del soberano francés para incluir en su lugar la palabra "Constitución". Pero, meses después, José I volvió a Madrid y Goya tuvo que pintar de nuevo el retrato de Bonaparte. Al finalizar la guerra, la Carta Magna fue abolida y los responsables municipales de Madrid encargaron a Goya que incluyera a Fernando VII en el cuadro. El pintor aragonés hizo un retrato tan abominable del monarca absolutista que, en 1826, se encargó a otro pintor que rehiciese el retrato del rey. En 1843 volvió a ser borrado Fernando VII para sustituirlo por un dibujo del libro de la Constitución de Cádiz. En 1873, ya destronada Isabel II, el alcalde de Madrid, el liberal Marqués de Sardoal, ordenó que borrasen los repintes anteriores y que se pusiera en el cuadro un letrero alusivo al Dos de Mayo, "que al ser un hecho histórico genérico no estaba sujeto a las opiniones cambiantes de los hombres".

Aquella Constitución, que no mencionaba los Derechos del Hombre, pretendía dotar al país de los mecanismos necesarios para que prosperara


AISA
COVER
PRISMA

Diario de sesiones de las Cortes doceañistas
Desde febrero de 1811, la iglesia de San Felipe Neri –arriba– fue el escenario donde se discutía el texto de la futura Constitución de 1812 –abajo–. Allí debatían los diputados –izda., Agustín de Argüelles– que, aunque tenían diversa filiación política, estaban unidos por un afán de renovación.

anquilosado", escribe el historiador Josep Fontana. En octubre de aquel año comenzaron los grandes debates que iban a ocupar a las Cortes en los próximos años y que revelarían la profunda división existente entre los que abogaban por la reforma de la sociedad española y los que defendían apuntalar el Antiguo Régimen. En febrero de 1811, las Cortes se trasladaron al oratorio de San Felipe, en la ciudad de Cádiz, y un mes más tarde se creó una comisión dispuesta a preparar un proyecto de Constitución. Estaba formada por liberales (reformadores), como Diego Muñoz Torrero o Agustín de Argüelles, y conservadores (inmovilistas), como Valente o Gutiérrez de la Huerta. Tres meses después se produjo un debate feroz sobre la abolición de los señoríos, una iniciativa que fue aprobada, aunque con tantos matices que quedó finalmente edulcorada. "El decreto no reformaba la estructura de la propiedad agraria de España, puesto que los señores territoriales seguían conservando sus extensos dominios", señala Ronald Fraser en su libro *La maldita guerra de España*. Por su desdén y temor a las clases populares, los liberales perdieron su gran oportunidad de asegurarse el apoyo del mundo rural.

En los meses siguientes, los inmovilistas trataron de frenar el debate constitucional proponiendo que el encabezamiento de la Carta Magna aludiera a Jesucristo como redentor o incluyera sin cortapisas todo el credo católico. Pero el intento fue vano. Tras meses de agrios debates, el jueves 19 de marzo de 1812, bajo una lluvia torrencial y un intenso bombardeo de los cañones franceses, las Cortes españolas refugiadas en Cádiz proclamaron la nueva Constitución.

Compuesta por 384 artículos, en diez capítulos, la Carta Magna subrayaba que la soberanía residía en la nación, que era la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios. Sin embargo, no otorgaba plenos derechos a los esclavos ni a los hombres libres de origen africano. Y también las mujeres quedaron excluidas. De hecho, no consiguieron el derecho de voto hasta 1933, bajo la Segunda República. Las Cortes constaban de una sola cámara elegida por sufragio universal indirecto, a través de un complejo sistema de juntas parroquiales que designaban representantes para otras reuniones de partido, que escogían a los electores. Éstos nombraban finalmente a los diputados, a razón de uno por cada setenta mil habitantes.

La Corona pierde las rentas del continente americano

Aquella Constitución, que no mencionaba los Derechos del Hombre, pretendía modernizar el país y dotarlo de los mecanismos necesarios para hacerlo prosperar. El texto elogiaba al pueblo de forma colectiva por su heroica resistencia ante los ejércitos napoleónicos. "Pero la única igualdad que ofreció era la igualdad ante la ley y la única libertad que se les brindó a los españoles era la del libre mercado. Hasta allí llegó la libertad de los liberales", escribe Fraser.

Sin embargo, la Constitución aportó las semillas necesarias para que germinara en el país una idea de renovación social y política. Estableció la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, un cambio fundamental que representó la definitiva ruptura con el viejo orden absolutista. De hecho, la Carta Magna exhibía infinidad de restricciones que limitaban al rey. No podía

impedir la reunión de las Cortes y dependía del consentimiento de éstas para abandonar el país, casarse, abdicar o suscribir tratados de alianza y comerciales.

A eso se añadió la decisión de las Cortes de abolir la Inquisición, dado que los procedimientos del Santo Oficio eran incompatibles con el texto constitucional. La Carta Magna contemplaba tantas restricciones a la autoridad real y a la eclesiástica, que los sectores más inmovilistas conspiraron para abolirla. Por si fuera poco, los liberales incluyeron a las colonias americanas y asiáticas en los parámetros de la nueva nación estado.

Al integrar esos inmensos territorios como provincias, la Corona perdía no sólo su privilegio absoluto, sino las rentas del continente americano, ya que la nueva nación estado establecía una diferencia entre la Hacienda Nacional y la Hacienda Real. Todavía confinado en Francia, Fernando VII comenzó a tramar contra una Carta Magna que debilitaba sus arcas y restringía su poder absoluto.

Cuando las Cortes se reunieron en Madrid en enero de 1814, la mayoría liberal ya no tenía tanto peso en la cámara. Semanas después, los diputados aprobaron un decreto que obligaba a Fernando VII a jurar la Constitución. El monarca, que había sido liberado por Napoleón, volvió a España el 22 de marzo de aquel año. Apoyado por sectores ultramonárquicos –encabezados por el general Francisco Javier Elío–, el Rey no acató la sugerencia de las Cortes de dirigirse directamente a Madrid. Por el contrario, Fernando VII prefirió permanecer en Valencia, cuyos habitantes desengancharon los caballos de su carruaje para tirar de la carroza real por las calles de la ciudad mientras vitoreaban al joven monarca. Incitado por los ultras, el populacho destrozó una placa que daba nombre a la plaza de la Constitución.


El rencor de Fernando VII
Torrijos, ministro durante el Trienio Constitucional, fue fusilado con su camarilla en 1831 –momento recogido en el cuadro de Gisbert–.

COVER

El Trienio Constitucional, un rayo de liberalismo en la España monárquica

Desde la ciudad del Turia, la sombra del absolutismo comenzó a oscurecer los brillos de una Constitución que sólo parecía gustar a los liberales. El cuatro de mayo de 1814, Fernando VII dio un golpe de Estado, que se hizo público en Madrid seis días después. El decreto real abolía la Constitución de Cádiz y toda la legislación surgida en las Cortes en aquel corto espacio de tiempo. El regreso del Viejo Orden y la Inquisición supuso el inmediato arresto de liberales en todo el territorio nacional. Días después, Fernando VII hizo su entrada en la capital, jaleado por *manolas* y *chisperos*. Los madrileños aclamaron a aquel joven príncipe que fue vilmente arrancado del pueblo por el que ellos consideraban el "Anticristo jacobino". Algunos exaltados, que detestaban tanto a Napoleón como aborrecían a sus compatriotas liberales, arrancaron la placa que daba nombre de plaza de la Constitución a la plaza Mayor de Madrid.

El 28 de mayo de 1814, los franceses abandonaron Barcelona. Fueron las últimas tropas napoleónicas en suelo español. La obcecación absolutista de Fernando VII aceleró los procesos de independencia de los territorios americanos. "Si en 1808 podía considerarse que la monarquía española estaba al borde del colapso financiero, a partir de 1814, mermados los caudales de América –que cesaron casi por completo después de 1818–, su situación era desesperada", escribe Fontán.

A pesar de la orden de Fernando VII de abolir la Constitución, su mensaje de modernidad y liberación caló en España y también en las colonias americanas, que no aceptaron seguir bajo el yugo absolutista. El posterior Trienio Constitucional (1820-1823) fue la primera oportunidad de poner en práctica las reformas políticas que promulgaba la Constitución de Cádiz. Sin embargo, aquel leve periodo de libertad fue abortado por otro ejército francés en abril de 1823.

La misión de aquellas tropas –los Cien mil hijos de San Luis– era la de restaurar al rey Fernando VII como monarca absoluto y abortar el sistema constitucional que se había puesto en marcha en España tres años antes. Tras derrotar a Napoleón, las potencias europeas temían que el gobierno liberal radicalizase el régimen constitucional español. Francia, el Reino Unido y Austria no estaban dispuestas a otra revolución. ■

La ironía de la guerra

El titánico esfuerzo de los patriotas por liberar a España del yugo francés supuso un enorme coste de vidas, un importante desgaste económico y la progresiva pérdida de las colonias. Pero, irónicamente, aquella liberación supuso la restauración de la monarquía absoluta con Fernando VII, la persona más odiada de la historia española –tal y como quedó reflejado en el número 8 de MUY HISTORIA–. Si el pueblo llano se levantó para defender sus pequeñas posesiones, el trono y la religión, los liberales trataron de aprovechar el conflicto bélico para proclamar la Constitución de 1812 y crear una monarquía parlamentaria. Sin embargo, éstos no previeron la situación social y política del pueblo llano, que todavía vivía aferrado a sus viejas tradiciones y no estaba dispuesto a dar su apoyo a la Carta Magna. El resultado final de la guerra fue un retroceso económico, político y demográfico del país de por lo menos tres décadas. Seis años después del golpe de Estado de Fernando VII, la Constitución resucitó durante el Trienio Liberal. Paradójicamente, otras tropas francesas volvieron a cruzar la frontera para restaurar en el trono al monarca, cuya primera medida fue volver a abolir la Carta Magna.


AISA

Litografía de los Cien mil hijos de San Luis atacando la fortaleza de Trocadero.

LAS INDEPENDENCIAS DEL NUEVO MUNDO

América para los americanos

En la primera mitad del siglo XIX, un fuerte fenómeno insurgente recorrió las Indias . El conflicto de intereses entre los afectos a la metrópoli y los insurrectos se saldó definitivamente con la creación de naciones diferentes al otro lado del Atlántico. Por **José A. Piqueras**

AISA



En 1808 comenzó a temblar el suelo de las instituciones del Reino de España e Indias. La doble abdicación real de Bayona fue interpretada a ambos lados del Atlántico como una decisión arrancada por la fuerza, carente de cualquier legitimidad, justo cuando poco antes, en marzo, el acceso al trono de Fernando VII había sido saludado con muestras de alborozo o al menos con signos de alivio, pues suponía el final de las impopulares políticas de Carlos IV. Desde finales de mayo, las juntas provinciales poblaron la Península de nuevas autoridades que promovían la guerra y dictaban proclamas patrióticas.

De criollos excluidos a patriotas nacionales

En América, el proceso no sería tan sencillo y a la postre daría lugar a una serie de revoluciones que en tres lustros pondría fin al imperio continental y al nacimiento de once naciones. Los cambios políticos habidos en la metrópoli, el vacío de poder que trató de remediarse mediante el concierto de personalidades del Antiguo Régimen contrarias al gobierno intruso y sectores del estado llano encontraron en el Nuevo Mundo una situación institucional distinta y una diferente disposición. En primer lugar, la jerarquía social y la autoridad política se mantenían intactas, a diferencia de la Península. En segundo término, la tesis de la reversión al pueblo –o a la nación– de la soberanía que ejercía el rey, y que al hallarse vacante el trono exigía un nuevo pacto, adquiría de repente un significado peculiar. Hasta entonces, los súbditos americanos –en teoría iguales a los europeos– se hallaban preteridos en los empleos de la Corona, conocían discriminaciones económicas y poseían una heterogeneidad que fragmentaba la sociedad en cuerpos separados: blancos, mestizos y mulatos –las llamadas castas–, indios, esclavos... La población en la América española ascendía a unos 17 millones de habitantes, un 40% más que la España europea. En torno al 20% eran blancos; el 30%, mestizos y mulatos; el 45%, indígenas, y el resto esclavos. La inmensa mayoría de la población blanca estaba formada por criollos, "españoles americanos" descendientes de europeos, con arraigo en las diversas regiones e identificados con las haciendas, las plantaciones y las ciudades en las que hacían su vida. La prosperidad del siglo XVIII y las reformas introducidas por los monarcas acrecentaron las tensiones entre la élite y las clases medias criollas, de una parte y, de otra, los emigrantes llegados desde la metrópoli: funcionarios, militares, clérigos, comerciantes y aventureros. Estos últimos gozaban de preferencia en los puestos oficiales y ventajas en las transacciones con las casas mercantiles gaditanas y catalanas, que conservaban la mayor parte del comercio trasatlántico legal: "el europeo más miserable, sin educación y sin cultivo intelectual, se cree superior a los blancos nacidos en el nuevo continente", anotaba hacia 1800 el científico alemán Alexander von Humboldt.

Las disposiciones reales insistían en prohibir las manufacturas conforme a la distribución de funciones entre unas provincias –verdaderas colonias– productoras de bienes agrícolas y metales preciosos, pero también consumidoras de los bienes elaborados que proporcionaba la metrópoli; unas veces porque los producía ella misma y otras, porque sus comerciantes servían de intermediarios ►



Se reparte el pastel

Tres lustros tardó en desintegrarse el imperio colonial para dar lugar al nacimiento de once Estados americanos. A la izquierda, José de San Martín proclama en la Plaza Mayor de Lima la liberación de Perú, obtenida con la ayuda del Ejército de los Andes –monumento conmemorativo, en Mendoza (Argentina)–.

PABLO FLORES

Mientras las élites recibían una educación a la europea, se extendía el orgullo nativo a todo lo criollo

A Dios rogando...

La Iglesia –arriba, Ntra. Sra. de Guadalupe, en Tabasco (México)– cumplió un papel esencial en la revolución, al estar el clero entre la clase culta de aquella América. El monje P. S. Errázuriz pintaría así (dcha.) **El abrazo de Maipú**, *que sellaría la independencia chilena.*

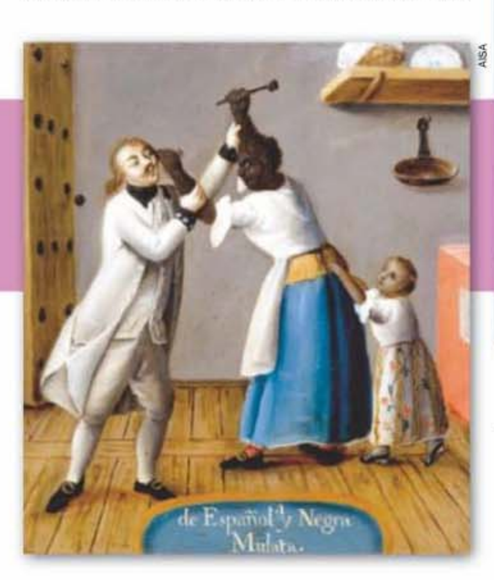
entre los países europeos. La administración se centralizó y en ella perdieron presencia los criollos. Sucedió en las Audiencias, los corregimientos y la oficialidad del ejército, e incluso en la Iglesia, sujeta a patronato real, mientras la necesidad de la defensa del territorio potenciaba su afiliación a las milicias provinciales.

La "desamericanización" del gobierno coincidió con la difusión de las ideas ilustradas, su noción de patria, la tesis del buen gobierno y la conformidad tácita del gobernado, la igualdad entre los seres humanos y el derecho natural. Mientras las élites se educaban a la europea, se extendía el orgullo nativo a todo lo criollo, incluidas las versiones locales de la devoción mariana a través de apariciones milagrosas que revelaban igualdad y hasta preferencia respecto a lo europeo. Las últimas medidas adoptadas por los gobiernos de Carlos IV alentaron el descontento. Los conflictos entre las intendencias –delegados de Hacienda y de Fomento– y los cabildos –ayuntamientos– recortaron el poder de los segundos, formados por patricios locales.

De las juntas soberanas a los cabildos revolucionarios

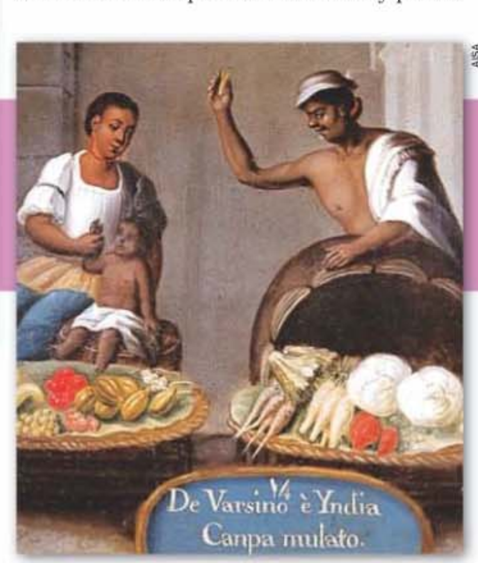
Por otro lado, las ventas de bienes de obras pías y la captación de estos recursos por la metrópoli dañaron los intereses de la Iglesia y privaron a la población de una de las principales fuentes de crédito. La supresión del fuero a las milicias provinciales despertó el descontento entre los oficiales, y las guerras contra Inglaterra –con el consiguiente bloqueo británico del puerto de Cádiz y de algunos americanos– interrumpieron a partir de 1796 el tráfico mercantil con la metrópoli. Esto dio pie al auge del contrabando, en detrimento del monopolio que ejercía el alto comercio agrupado en los reales consulados. Como alternativa, se abrieron los puertos americanos a los neutrales, lo que beneficiaba a los Estados Unidos. Sin embargo, fue Inglaterra la que sacó el mayor provecho y, como lamentaban las autoridades españolas, financió la guerra con los artículos que colocaba en las posesiones hispanas.

En 1808, en varias de las principales ciudades americanas se constituyeron juntas soberanas –o se discutió su formación– al estilo de las peninsulares, aunque presididas por los virreyes y capitanes generales. Era un intento de buscar una nueva legitimidad a los poderes instituidos y, en ocasiones, de impedir que la situación se escapara de las manos y pasara



Matrimonio a la americana

El mestizaje entre africanos, indios y españoles llegó a ser muy variopinto, como muestran estos cuadros propios de la pintura de castas: de español y negra nace mulata (izda.), de español y mulata, morisco (centro) y de varsino (barcino) e india, canpa mulato (dcha.).



Espíritu napoleónico



Monumento al independentista Simón Bolívar, en Tunja, Colombia.

COVER

Llamado "El Libertador", Simón Bolívar fue el líder más destacado de la independencia americana. Combatió al ejército español durante casi quince años, derrotándolo y expulsándolo de un territorio cuya extensión era ocho veces la de la Península. De familia aristocrática criolla, nació en Caracas, adquirió una esmerada educación y vivió su juventud en Europa. Desde 1809 participó en las conspiraciones por la independencia y secundó al general Miranda en su sublevación de 1810, sustituyéndole cuando flaqueó. En 1813 realizó una fulgurante campaña en Venezuela pero, en 1815, hubo de retirarse a Jamaica. El presidente haitiano le proporcionó el apoyo necesario para reanudar la lucha. De 1817 a 1824 liberó el antiguo virreinato, Venezuela, Quito y Perú. La constitución que redactó para la República de Bolivia expresó su ideario político: una presidencia fuerte, vitalicia y hereditaria –de inspiración bonapartista– y un congreso con tres cámaras, que incluía una de censores. Su aspiración de crear un estado unitario con los países liberados bajo una autoridad excepcional hasta que se asentaran las instituciones, fue contestada por los intereses locales, que promovieron la independencia de Venezuela y Ecuador. Enfrentado al Congreso de Colombia, renunció a sus cargos y murió mientras aguardaba la salida del país. Sus últimos días fueron magistralmente recreados por Gabriel García Márquez en la novela *El general en su laberinto.*

a la de los agraviados. Estas juntas reconocieron como rey a Fernando VII y admitieron la autoridad de la Junta Suprema Central, pero comenzó a producirse un fenómeno nuevo que implicaba la quiebra del poder imperial, desde el momento en que se requería el consenso de la parte americana.

En la ciudad de México, los sectores partidarios del orden tradicional y el comercio de origen peninsular protagonizaron un acto de insubordinación, al apoderarse del palacio del virrey y destituir a éste por su proximidad a los criollos. A continuación, nombraron un sustituto y durante dos años cometieron numerosas arbitrariedades. Ante lo que pareció el derrumbe de la resistencia peninsular, con la disolución de la Junta Central y la formación de una regencia en Cádiz sobre cuya suerte pocos confiaban, en la primavera de 1810 y en diferentes ciudades –Buenos Aires, Santiago de Chile, Quito, Caracas, Bogotá– los cabildos pasaron a reclamar la representación de las respectivas provincias. Acordaron éstos gobernar para sí; todavía en nombre del rey cautivo, pero prescindiendo de la intermediación de los funcionarios reales y de las instituciones, que a sus ojos parecían fantasmagóricas. Lo mismo opinaban de la Regencia o las Cortes generales, que acababan de ser convocadas y que no se sabía si llegarían a reunirse, ante el avance de las tropas francesas.

Primeros pasos de la insurrección: un levantamiento heterogéneo

El caso del Río de la Plata era muy representativo del estado de cosas. En 1806, la milicia provincial de Buenos Aires, integrada por criollos, había derrotado a los británicos después de que éstos se apoderaran de la plaza. En 1807, ocurrió otro tanto en Montevideo, donde pudieron comprobar por sí mismos la incapacidad de la metrópoli para defenderles y su potencial para organizarse; dejaron claro que una cosa era la inclinación a comerciar con Gran Bretaña y otra la resignación a cambiar de potencia imperial.

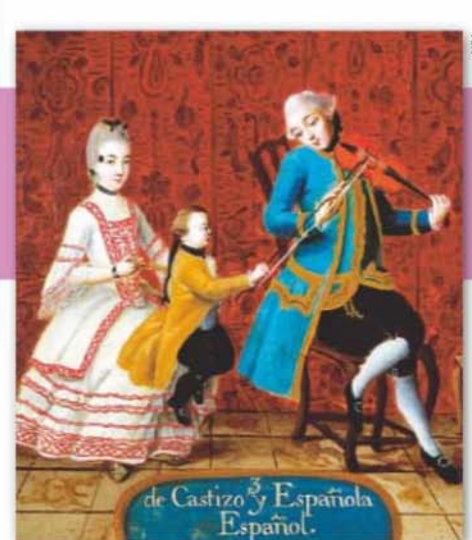
En 1810, llegó la hora de ser libres y, ante la resistencia del ejército realista, se declararon soberanos. Los consejos municipales dieron lugar a cabildos abiertos y éstos a las juntas de gobierno, que asumieron la dirección y convocaron congresos de delegados. En todos los casos la iniciativa recayó en personas con estudios y formación, de posición acomodada o clérigos ilustrados. Era la expresión de la minoría criolla culta e influyente, que se miraba en Europa y en los Estados Unidos. Las insurrecciones fueron sofocadas en Bogotá y Quito, pero se afianzaron en Buenos Aires y Caracas. En Nueva España, la rebelión revistió características muy diferentes. Miguel Hidalgo, párroco de una pequeña población del Bajío, en el centro-occidente, inició la subleva- ▶



AISA



COVER



AISA

Pasión multicultural

En un panorama en que lo local empezaba a cobrar importancia, indígenas y españoles también se emparejaron. Empezando por la izquierda: de la unión de español más india, sale mestizo; de mestiza y español, castizo, y de castizo y española, español.

ción de indios y mestizos con "vivas" a la Virgen de Guadalupe y al rey, y "mueras" al mal gobierno y a los españoles. La insurrección se extendió con rapidez, movilizando a sectores populares, con una radicalidad y una violencia tales que retrajeron a los criollos urbanos. Después de la captura de Hidalgo en 1811, otro sacerdote, José María Morelos, asumió el liderazgo. El párroco moderó las acciones y definió mejor el objetivo de la independencia. La causa soberana comenzó a ganar adeptos a medida que los perdía el reformismo panhispano, que aceptó acudir a las Cortes de Cádiz donde defendió principios liberales y reclamó una autonomía para las provincias americanas que los liberales peninsulares negaron; pidieron también proporcionalidad en la representación a Cortes y el derecho al libre comercio con el extranjero, medida rechazada a instancias del comercio gaditano. A pesar de que la Constitución de 1812 proclamaba una nación española establecida sobre dos hemisferios, igual en derechos y obligaciones, lo español y lo americano comenzaron a perfilarse como opciones diferenciadas cuyos intereses era difícil conciliar.

Junto a los diputados liberales americanos tomaron asiento otros de orientación absolutista, que coincidían con los anteriores en la denuncia de los abusos y la discriminación que padecía el continente, pero se oponían a la difusión del constitucionalismo. Este absolutismo criollo cerró filas en América –con la minoría de procedencia peninsular, opuesta a las novedades políticas– y juntos pusieron dificultades a la promulgación del decreto sobre libertad de imprenta –vigente poco tiempo– y retrasaron las restantes medidas acordadas por las Cortes. Todo ello no impidió la proclamación de la Constitución en 1812 y las consiguientes elecciones a ayuntamientos y diputaciones provinciales, primer ejercicio de constitucionalismo en Hispanoamérica, que dejaría una honda huella hasta el punto de servir de inspiración de no pocas constituciones futuras de la América independiente.

Ideal panamericano

Tras proclamarse la independencia colombiana –al lado, una proclama con el texto de Bolívar–, en este templo de Cúcuta –dcha.– se creó la Gran Colombia (actuales Panamá, Venezuela y Ecuador).

AISA



Un siglo de emancipaciones

Tras el estallido de la Guerra peninsular, un grito de independencia recorrió los territorios coloniales de América –en el mapa, las fechas de su liberación–. Las ideas ilustradas de la centuria anterior y la falta de apoyo a los regidores locales por parte de la metrópoli colaboraron en el debilitamiento del sentimiento español.

La alborada americana: nacimiento de las nuevas repúblicas

Para hacer frente a la insurrección, se reforzó el ejército llamado realista que, con más de 80.000 hombres, estaba formado en su mayoría por americanos. Así, la dotación peninsular se elevó a unos 14.000 soldados. Unos combatían porque habían hecho de ello su profesión, otros lo hacían por ideología. Los había, como en Venezuela, que repudiaban el carácter aristocrático de sus adversarios y su voluntad de conservar la esclavitud, que muy pocos insurrectos abolieron y de hecho se mantuvo en las repúblicas independientes hasta mediados del siglo XIX. Algunos, incluso, habían sido reclutados en levas forzosas. Ese esfuerzo ingente sería costeado con la plata del Nuevo Mundo. Pero las guerras americanas no fueron propiamente guerras civiles, pues de un lado había sociedades dispuestas a tomar en sus manos sus destinos y, de otro, fuerzas militares con limitado respaldo social que sostenían los derechos de una lejana metrópoli, la misma que en otro tiempo había alumbrado aquellas sociedades, pero que ahora constreñía su desarrollo.

La gesta de la emancipación de todo un continente consumió grandes recursos humanos y económicos, y conoció suertes diversas antes del desenlace final. Desde 1810 a 1814 se libraron combates en la región austral, en la costa caribeña del virreinato de Nueva Granada y en el centro de México. La contraofensiva realista casi ahogó la sublevación, recuperando el territorio, con la excepción

Para afrontar la insurrección se reforzó el ejército realista, formado en su mayoría por americanos y costeado con plata del Nuevo Mundo





Made in América

Dos ejemplos de las nuevas identidades: El cuadro Mulatos de Esmeraldas, *de Sánchez Galque –tres zambos vestidos al mismo tiempo de caballeros españoles y caciques indígenas– y la bandera de las Provincias Unidas del Centro de América.*

del Río de la Plata. En 1817, el general José de San Martín, que había servido en el ejército español con el grado de teniente coronel y había combatido en Bailén antes de unirse a los insurrectos, liberó Chile en unión del general Bernardo O'Higgins, un criollo hijo del antiguo capitán general que fuera virrey del Perú. En 1819 se fundaba la República de Colombia con los territorios de la antigua Nueva Granada, Venezuela y Quito. Las disensiones internas, la anarquía y los localismos dificultaban la empresa libertadora. Después de la revolución de Riego en España (1820), que impidió el envío del relevo militar a ultramar, los avances fueron mucho más rápidos. También en 1821 se acordaba en México el Plan de Iguala, que posibilitaba la independencia y "restablecía" el imperio azteca suprimido en 1521. A continuación, los territorios que formaban la Audiencia de Guatemala –Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica– constituyeron las Provincias Unidas de Centroamérica y se mantuvieron junto a México, hasta independizarse de éste en 1823, al tiempo que caía el imperio y se proclamaba la república.

Los libertadores: San Martín, Simón Bolívar y Antonio José Sucre

En 1821, Santo Domingo se declaraba independiente y tres meses después el país fue ocupado por Haití. A partir de 1821, la campaña continental se concentró en el virreinato de Perú. En Guayaquil se entrevistaron los dos principales próceres de la emancipación, Bolívar y San Martín, para decidir la liberación de Perú, después de que el segundo tomara Lima ante la deserción de los realistas. El congreso peruano designó dictador a Bolívar, esto es, jefe supremo militar y político. Antonio José de Sucre, tras vencer en Ayacucho, que simboliza en 1824 el final de la presencia colonial española en América, liberó el Alto Perú y fundó la República de Bolivia. Todavía hubo nuevos movimientos nacionales, como el de la Banda Oriental –Uruguay–, que en 1828 logró separarse de la recién bautizada República Argentina. Quedaban, además, las posesiones del Caribe, Cuba y Puerto Rico, que se mantuvieron como dominios españoles hasta 1898.

Las independencias alumbraron una nueva época, acompañada de escasas transformaciones en los ámbitos económico y social, lo que fue una fuente de dramáticos conflictos posteriores. Pero lo que vino después fue el fruto de la complejidad de las sociedades existentes, de los intereses confrontados, de los aciertos y errores de las generaciones venideras, en modo alguno puede imputarse al deseo de libertad y progreso que encerró la empresa libertadora. ■

El México de Iturbide

Reza un refrán venezolano: "tanto pelear para acabar conversando", y parece hecho a propósito de México. El 1 de marzo de 1821, las fuerzas insurgentes comandadas por el general Vicente Guerrero –que andaba en la lucha desde 1810 y había sobrevivido a la captura y ejecución en 1815 de José María Morelos– aceptaron reunirse con el general Agustín Iturbide. Este criollo y jefe del ejército realista español fue lugarteniente del virrey Calleja –entre 1813 y 1818– y auxiliar suyo en la derrota y muerte de Morelos. Del encuentro salió el Plan de Iguala que establecía tres principios: la independencia de México como una monarquía constitucional cuyo trono sería ofrecido a los Borbones, el reconocimiento del catolicismo como religión oficial y la igualdad de la población sin diferencia de raza o procedencia. Los antiguos adversarios se fundían en el ejército Trigarante. De este modo se concilió la aspiración a la emancipación con el predominio de valores e instituciones defendidos por los sectores más tradicionales. El reformismo criollo, partidario de la Constitución de 1812, que había apoyado sin éxito en Cádiz la autonomía, respaldó el acuerdo. El nuevo virrey, Juan de O'Donojú, aceptó los hechos consumados y ratificó el plan concordado. El 21 de septiembre se proclamaba la independencia. Las Cortes españolas rechazaron los convenios e Iturbide se convirtió en emperador con el nombre de Agustín I.



Entrada triunfal de Agustín Iturbide en Ciudad de México con el ejército Trigarante.

Noticias

"La verdad no es ni la mitad de importante de lo que la gente piensa que es la verdad", advertía Napoleón a su lugarteniente Murat poco antes de la Guerra. Fiel a esta máxima, el Emperador se sirvió de la propaganda para influir en la opinión pública. Lo hizo a través de los periódicos que controlaba desde París –*Le Moniteur*, *Journal de París* o *Gazette de France*– y se leían por todo el Imperio, donde había censurado las gacetas londinenses. En ellos se exageraban las victorias imperiales y se justificaba la intervención con argumentos paternalistas: "había que llevar la libertad a una España esclavizada y atrasada." Incluso en España, el francés contaba con periódicos afines, como la *Gaceta de Madrid*, el *Diario de Barcelona* o *El Imparcial*.

AISA

Journal de Paris. 19 de agosto de 1794

"La aristocracia y el clero son los árbitros de España, excitarán contra nosotros un alzamiento en masa que podría hacer eterna la guerra", decía el Emperador a Murat. Y así fue, a partir del Levantamiento, en España se recurrió también a los medios para movilizar a los combatientes. Y, como habían hecho los franceses, agrandaron las victorias españolas para demostrar al mundo que Napoleón no era tan invencible y motivar la insurrección en otros dominios de su Imperio.

AISA


EXTRACTO DE LA GAZETA DE VALENCIA

La Gazeta de Valencia. Número 42

Los periódicos liberales –El *Semanario Patriótico*, *El Conciso* o *El Robespierre Español*–, gracias a la libertad de imprenta de 1810, se encargaron de contar al ciudadano lo que se debatía en las Cortes de Cádiz, pues querían aprovechar la contienda para crear un nuevo Estado constitucional. Los juicios ideológicos se polarizaron y los liberales tuvieron que competir con otros periódicos anticonstitucionales como *El Censor General*. La prensa sirvió a unos y otros para airear rumores y hacer circular sátiras, caricaturas y canciones que fomentaran la galofobia, hispanofobia o anglofobia, según la ideología a la que servían.

COVER


NOTICIAS

Semanario Patriótico. 1 de septiembre de 1808

COVER


EL ROBESPIERRE ESPAÑOL.

Amigo de las leyes

Ó

QÜESTIONES ATREVIDAS

SOBRE

LA ESPAÑA.

Núm.º 1.º

ISLA DE LEON.

El Robespierre Español. Número 1, año 1811

PRENSA, MELODÍAS, IMÁGENES...

Así se fabrica un mito

Periódicos, canciones, sátiras, libros, fiestas, calles, cuadros, monumentos y películas convirtieron la Guerra en una epopeya popular. Pasados dos siglos, seguimos evocando las hazañas de una nación en armas.

Por **Susana Santolaria**

"*La nación española es libre e independiente y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ni persona*". Artículo 2 de la Constitución, redactada en Cádiz por los españoles en 1812.

Españoles también eran los que, en el mismo año, recibieron en Madrid a Fernando VII al grito de *¡Vivan las cadenas!* Es fácil entender, por tanto, que no hubo una sola Guerra de la Independencia, ni entonces ni después. Y, aunque algunos dejaron ver su sinsentido, entre ellos Blanco White desde las páginas de *El Español*, o Goya a través de sus *Desastres de la guerra*, la mayoría cedió a la celebración del triunfo. El ejército y el pueblo de España habían logrado derrotar al hombre más temido de toda Europa. Y, además, por primera vez se había conseguido plantar cara al absolutismo. La epopeya de la Guerra estaba servida.

Lugares de interés

"Es verdad que de Bailén salían en bandadas multitud de mujeres con cántaros para refrescarnos. Más de una vez se expusieron al fuego...", cuenta Galdós en sus *Episodios Nacionales*. En aquella batalla, librada en pleno verano, el agua fue tan vital como los cañones. Por eso la localidad jienense dedica un monumento a una de esas mujeres. Por todos los rincones de la geografía peninsular se pueden encontrar vestigios de la Guerra: Zaragoza cuenta con 54 calles que recuerdan la contienda y una treintena de sitios emblemáticos; Madrid celebra el dos de mayo la fiesta de su Comunidad; y en el callejero de Sevilla no falta la fecha del Levantamiento ni sus héroes, por citar algunos ejemplos. Pero la inmensa iconografía que nos rodea no evoca sólo a los españoles caídos. La Coruña guarda en un mausoleo los restos del general británico John Moore, fallecido en la ciudad gallega al enfrentarse al ejército napoleónico y rinde tributo a su batalla en una docena de sitios. Y en la isla balear de Cabrera existe un obelisco erigido en memoria de los prisioneros franceses muertos allí.



AYUNTAMIENTO DE BAILÉN

Escultura en memoria de María Bellido, en Bailén (Jaén).

S.SANTOLARIA

ACI

Monumento de la Guerra Peninsular en Lisboa (izda.), y arriba, rótulo de la madrileña calle de Malasaña.

LA CACHUCHA
...Muchos que se dicen sabios
llaman preocupación
la lealtad que domina
por Fernando a la nación.
Vámonos cachucha mía,
vámonos a la frontera
y haremos que besen todos
de Fernando la correa.

¡TRÁGALA!
Tú que no quieres
lo que queremos,
la ley preciosa
do está el bien nuestro.
¡Trágala, trágala,
trágala perro!
¡Trágala, trágala,
trágala perro!

Dígaselo con música

Cerca de un millar de composiciones de todas las ideologías fueron puestas en boca por aquellos días. Los fernandistas dedicaban a su rey vítores como: grande, augusto, brillante... El pueblo de Cádiz le haría incluso una inocente cancioncilla, *La Cachucha*, antes de saber que derogaría la Constitución. Cuando el Rey no tuvo más remedio que jurarla, en 1820, en Madrid le cantarían con rencor el *Trágala*. Napoleón, apodado Malaparte, y su hermano José, tildado de borracho y dueño de mil taras físicas, tampoco escaparon a la burla rimada. Literatos como Espronceda dignificaron la labor del pueblo y maestros de la música rindieron honores a la contienda, entre ellos Chueca –un pasodoble: *el Dos de Mayo*– y Beethoven, que narró en una sinfonía los pormenores de la Batalla de Vitoria, gracias a un nuevo invento –el panarmónico–, que imitaba los sonidos de artillería.

CONTRA NAPOLEÓN
...No quiero pepitas,
no quiero melón,
que quiero cabezas
de Napoleón..

CONTRA SU HERMANO
...Amigo Rey de copas,
¿dónde vas?,
que tan deprisa
dejas Madrid...

ODA AL 2 DE MAYO, de Espronceda
Y vosotros, ¿qué hicisteis entretanto,
los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
o adular bajamente la fortuna.
Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro a vuestras vidas y murallas,
y, siervos viles, a la plebe inquieta
con baja lengua apellidar canalla.
¡Oh! la canalla: la canalla en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatado en su entusiasmo santo,
quebrantó las cadenas de la tierra.


AISA


AISA

PATRIA Y RELIGIÓN
...La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa...
...La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
la de los Desamparados
lo mismo dice en Valencia.
...Viva la Macarena,
vivan los guapos,
que quitaron de en medio
tantos gabachos...

PHOTOPLUS

LA BATALLA DE VITORIA, de Beethoven
Cuando en el verano de 1813 llegó a Viena la noticia de la derrota de las tropas francesas en Vitoria a manos de Wellington –arriba, en un grabado–, se encargó a Beethoven que compusiera una sinfonía para celebrar la victoria.


AISA

...o con cine

Acción, héroes y heroínas, gestas valerosas, traiciones... El cine encontró en aquel periodo sus ingredientes preferidos. Desde 1950, no hubo década sin título. Entre ellos, *Agustina de Aragón*, de Juan de Orduña (1950); *Lola la Piconera*, de Luis Lucía (1951); *Los guerrilleros*, de Pedro L. Ramírez (1962); *La colina de los pequeños diablos*, de León Klimovsky (1964); *Contra la pared*, de Bernardo Fernández (1975); *La leyenda del tambor*, de Jorge Grau (1981), y la serie de televisión británica sobre el soldado *Sharpe*, de Tom Clegg (1995), según la novela de Bernard Cornwell. En 2008 está previsto que José Luis Garci estrene un largometraje que recrea el Levantamiento madrileño.


La figura de Goya, cronista esencial de la Guerra, ha inspirado varias películas: (1) Los fantasmas de Goya *(Milos Forman, 2006), (2)* Volavérunt *(Bigas Luna, 1999) y (3)* Goya en Burdeos (*Carlos Saura, 1999). Años antes, darían más juego los que se echaron al monte, (4)* Carmen, la de Ronda (*Tulio Demicheli, 1959) y las heroínas, (5)* Agustina de Aragón *(J. de Orduña, 1950).*

FOTOS ALBUM

VISIÓN FRANCESA DE LA CONTIENDA

“La maldita guerra



Abismo entre las flores

Exiliado en Santa Elena, Bonaparte definió su guerra en España como un “abismo entre las flores”, el primer gran error en su estrategia europea. De sus reflexiones extrajo la conclusión de que no había evaluado bien la capacidad de reacción española, ni, posteriormente, la de Rusia, lo que propició su debacle definitiva –Jean Louis Meissoner pinta aquí una derrotada Grande Armée en la estepa rusa.–.

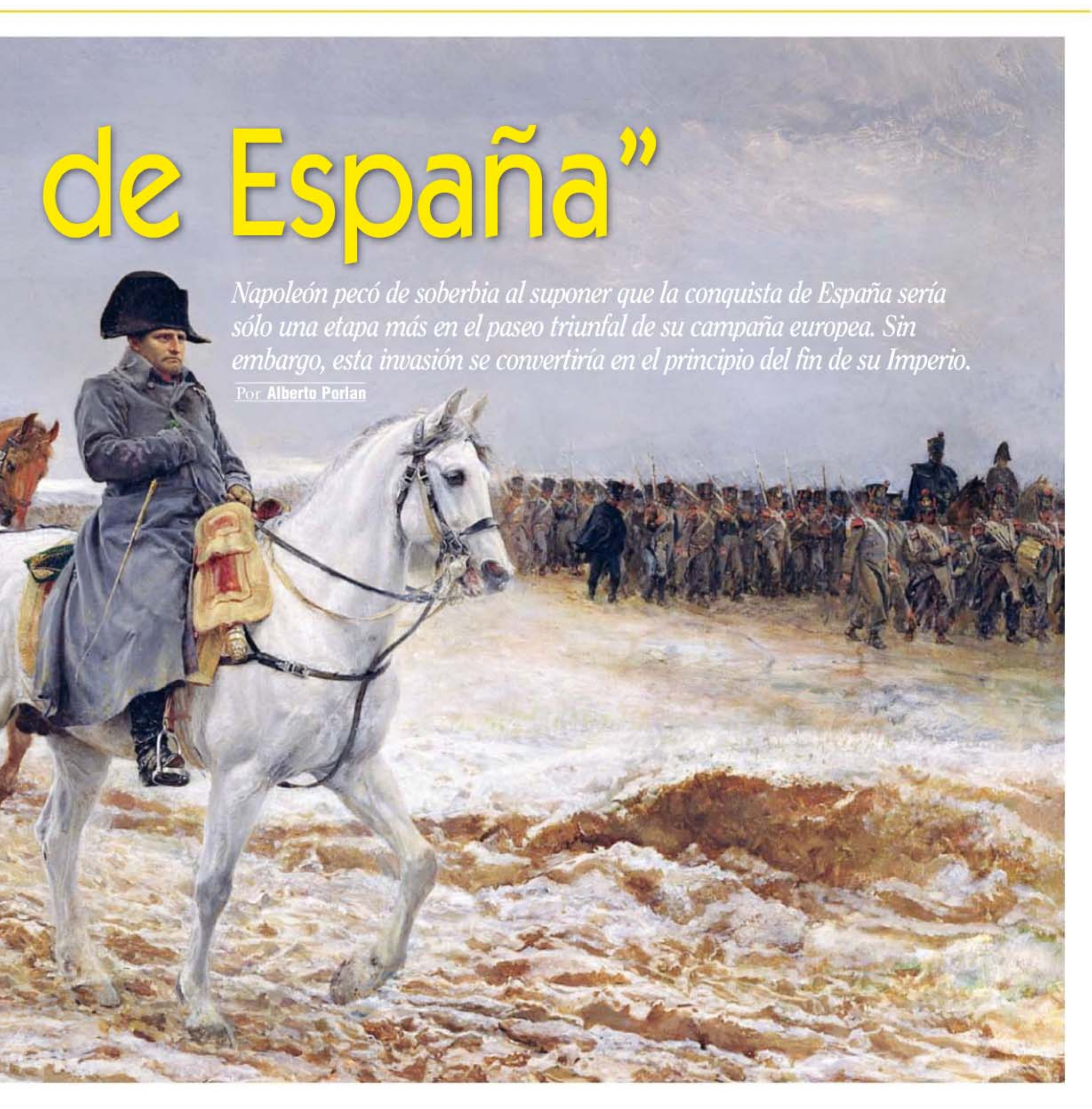
RADIAL

Apenas ocho generaciones atrás, cuando aún vivían los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos, España –*la España*, como entonces decían– se ahogaba en un sumidero de atraso y abandono. Las crónicas de los viajeros de aquel tiempo son unánimes en este sentido: bastaba una semana de viaje por el país observando, por ejemplo, a “esas gentes de los pueblos que entretienen su pereza despiojándose al sol en grupo”, para hacerse cargo del grado de decadencia a que había retrocedido la nación que dos centurias antes fuera la más poderosa del mundo.

Una España depauperada, a diez mil leguas del nivel europeo

Dejando a un lado otras causas –desigualdad, corrupción, despotismo, incultura y una venenosa mezcla de abulia y fanatismo–, algunos analistas de la época ponían en el origen de todos aquellos males el hecho remoto y desgraciado de que España hubiera perdido siglos atrás su dinastía autóctona –es decir, la que habían fundado Isabel y Fernando– para sentar en su trono a la casa de Austria, y luego a la de Borbón. Éste habría sido el motivo de que los auténticos intereses del país se hubieran sometido secularmente a oscuros manejos dinásticos internacionales. Y la causa del interminable expolio, tanto de las riquezas nacionales cuanto del

de España”



Napoleón pecó de soberbia al suponer que la conquista de España sería sólo una etapa más en el paseo triunfal de su campaña europea. Sin embargo, esta invasión se convertiría en el principio del fin de su Imperio.

Por **Alberto Porlan**

caudaloso río de oro procedente de las Indias que, apenas tocaba puerto español, era reexpedido sin desembalar hasta los sótanos de los banqueros centroeuropeos. Sólo ese pertinaz saqueo podía explicar que una nación que ya era grande cuando empezó a disfrutar de tales riquezas llovidas del cielo –a las que no habían tenido acceso otros pueblos europeos, más adelantados sin embargo– conociese ahora semejante depauperación. En los despachos ministeriales franceses, la idea (sacada de textos escritos por autores españoles) era que *la España* estaba a diez mil leguas de *la Europa* y a diez centurias del siglo décimoctavo.

El orgullo de un pueblo aferrado a las cadenas absolutistas

Y si había un pueblo en Europa capaz de apreciar la hondura del abismo español era el francés, por razón de su proximidad geográfica y, a la vez, de su distancia política. El gran salto adelante (al menos en el sentido civil y laico de la vida) que había supuesto su aún inacabada revolución, acentuaba todavía más el contraste con unas gentes que parecían orgullosas de las cadenas que las aherrojaban. Vistos con ojos franceses, a los españoles no les importaba un bledo su libertad. Tardaron en aprender –y su Emperador fue quien primero lo hizo– que la idea general era cierta, si bien con un curioso e irracional matiz: a los españoles no les ▶


La familia de Carlos IV
En 1800, Goya retrató al Rey –a la dcha., ligeramente adelantado– acompañado de su esposa –en el centro– y su hijo Fernando –vestido de azul–.

AISA

importaba demasiado su libertad... con tal de que quienes se la arrebatasen fueran también españoles.

Por otra parte, los franceses –revolucionarios o no– comprendieron muy pronto que aquello de descabezar (en sentido literal) a sus Borbones, no iba a ser bien visto por los restantes miembros de una familia que se había distinguido secularmente en su empeño de establecer una intrincada red de lazos de sangre entre los tronos europeos. Ello se hacía con el loable propósito de conseguir la pacificación del continente pero, de paso, también con el de cumplir el viejo designio borbónico de convertirse en la única monarquía del continente. De modo que menos de dos meses después de que rodase la cabeza de Luis XVI, el gobierno revolucionario francés estaba en guerra con el Borbón español, que apoyaba sin tapujos a los contrarrevolucionarios galos.

En aquella guerra, cuyo núcleo fue el puerto y la ciudad de Tolón, el auténtico vencedor sería un joven militar francés de origen corso llamado Napolione Buonaparte Ramollino. Fue él quien, jugándose la vida –las balas españolas mataron al primero, al segundo y al tercero de los caballos que montó en la batalla– dirigió las operaciones decisivas que dieron la victoria final a los republicanos.

La flota y el comercio americano, dos jugosos caramelos para Bonaparte

En el destino de aquel Napolione estaba escrito que sería la Corona española la que le franqueara la senda que llevaba al trono imperial. Pero, unas páginas después, también estaba escrito que sería el pueblo español quien, a fuerza de sangre y de tiempo, conseguiría aserrar las patas delanteras de su trono, mientras que los rusos, al otro lado de Europa, se trabajaban las traseras.

Mucho antes de tomar la decisión de hacerla suya, España ya era un quebradero de cabeza para el Emperador. Se diría que en su concepto geográfico de Europa sobraba la península Ibérica, que no sabía qué hacer con aquel apéndice pentagonal. De estar en su mano, tal vez hubiera rediseñado el continente trasladando el Estrecho a los Pirineos. Así, todo habría sido más cómodo, más claro. Pero, a pesar de que España era un país casi africano, formaba parte de Europa, de modo que había que hacer algo con aquel territorio. Tal vez convertirlo, efectivamente, en aquello que aparenta ser en el mapa: un gran saco que se abre a los pies de Francia.

De aquel saco podían salir muchas de las cosas imprescindibles para llevar adelante los planes napoleónicos. Para empezar, dinero y barcos. Las riquezas de América seguían llegando a España aunque, contra lo que pensaba el resto del mundo, lo hacían en una medida exigua que sólo cubría la quinta parte del presupuesto nacional. Además, la condición peninsular y ultramarina del país le imponía la necesidad de mantener una escuadra importante. Conscientes, al menos, de eso, los gobiernos españoles habían hecho una inversión fabulosa en la

Un pueblo de irreductibles españoles
Mientras los Borbones entregaban la Corona sin muchos remilgos, los ciudadanos luchaban por defender su país, como refleja Milos Forman en su film Los fantasmas de Goya *(2006) –derecha–.*

Por un plato de lentejas

Nunca se compró un país tan barato: esa impresión debió de producirles el acuerdo a quienes lo ajustaron por parte de Francia. Porque a cambio de la cesión de la Corona y de sus sacrosantos derechos al trono, la Familia Real española apenas recibió del Emperador de Francia algo más que un plato de lentejas. De ser dueños absolutos de uno de los mayores estados coloniales europeos, sus posesiones se vieron reducidas a un palacio en Compiègne y un castillo en Chambord, con la condición –¡faltaría más!– de que en aquellos recintos mantendría el Rey su tratamiento de Alteza Real. Además, el ex–monarca percibiría la cantidad de 30 millones de reales como renta anual vitalicia. En cuanto a la reina, se le otorgaban dos millones de francos anuales en el caso de que el soberano falleciese antes que ella. A los infantes ni siquiera se les asignaba residencia propia; lo previsto era que fuesen alojados en el palacio que el duque de Benevento tenía en Valençay. Pero, a cambio, la largueza del Emperador les asignaba una renta de 400.000 francos al año para cada uno. Con esto se contentó la familia de Carlos IV y los testigos presentes en Bayona aún dijeron que habían partido alegres hacia sus respectivos destinos. Y ello concuerda con un detalle revelado por el mismo Napoleón: cuando un aventurero pagado por Inglaterra consiguió penetrar en el palacio de Valençay con el propósito de rescatar a Fernando y devolverle a España, fue el propio Príncipe de Asturias quien denunció y entregó a su presunto salvador a las autoridades francesas.



El castillo de Chambord, que Fernando VII recibió a cambio de la Corona, fue construido en 1519 bajo supervisión de Leonardo da Vinci.

Marina por valor de cuatro mil millones de reales a lo largo de veinte años, lo que no se ignoraba en Francia. Para Bonaparte, ambas cosas –dinero y barcos– estaban al alcance de la mano. En realidad, toda España lo estaba en aquella época. Monarca, clero y pueblo veían a Napoleón como el liquidador de una revolución impía y amenazadora, olvidando que había sido él quien, como abanderado de esos mismos revolucionarios, les derrotara unos años antes en Tolón. Además, en aquellos grandes tiempos para el espionaje y las conspiraciones, la penetración francesa en España era muy profunda. Tan profunda que, de hecho, la opinión pública española se controlaba desde la embajada francesa en Madrid. Y otro tanto ocurría con las relaciones exteriores, las finanzas, los movimientos de tropas o el comercio de América.





El indudable sometimiento prebélico a los dictados franceses

Los ministros de la Corona española se entrevistaban regularmente con el embajador francés, pero no tanto para mantenerlo al corriente de los asuntos de gobierno como para recibir sus instrucciones, a las que se sometían invariablemente. De hecho, sólo se entiende bien el concepto de "guerra de la independencia" si se tiene en cuenta que España había vivido durante los años inmediatos bajo una dependencia absoluta de Francia, o sea, de Napoleón.

La relación del Emperador con España había llegado a ser como la del gato que se entretiene con un ratón antes de comérselo. En la reunión de Tilsit, el Zar le había confirmado que no vería con malos ojos el desalojo de los Borbones del trono español. Las incesantes y sucesivas victorias que *el gran-de hombre* (como se le llamaba en algunas cortes) o el *petit caporal* (como le llamaban sus granaderos) cosechaba con la rapidez y el fulgor del rayo, eran puntualmente exaltadas en España por la prensa teledirigida desde la embajada, que las hacía aparecer casi como propias a los ojos españoles. Los cronistas de la época señalan que, en esas condiciones, resultaba suicida objetar cualquier cosa a Francia o realizar cualquier actividad externa sin su conocimiento y permiso. Las cosas llegaron a tal punto que Napoleón ni siquiera necesitaba pedir las cosas: sencillamente, se las ofrecían. El oro se discutía, se razonaba, se lloriqueaba, desde luego. Pero sólo hasta cierto punto. De todos eran conocidos los términos con los que zanjaba Bonaparte sus peticiones: "o lo que yo digo, o la guerra". Así que había que pagar, porque el ejército español no estaba en condiciones de medirse contra las *águilas* francesas. Napoleón, desde luego, estaba al ▶

Los cronistas de la época señalan que habría resultado suicida llevar la contraria a Francia o realizar actividades sin su consentimiento

tanto de la incapacidad militar española. De hecho, despreciaba a nuestro ejército, al que consideraba el peor de Europa: mal dotado, mal mandado y con unos efectivos reales de tan sólo 30.000 hombres.

Más todavía: despreciaba a todos los españoles aún antes de haberlos conocido. En su opinión eran unos vagos dominados por los curas y la nobleza, estaban menos civilizados que los rusos y detestaban todo aquello que pudiera redimirlos de su barbarie. Pero, a quien más despreciaba, sin duda, era a la Real Familia y a la corte alucinante que la rodeaba. De acuerdo a los informes que llegaban a su despacho, el rey Carlos IV era un perfecto inútil; la Reina, una ninfómana; el todopoderoso Godoy, un tipo rastrero y cobarde, y el Príncipe de Asturias, un zangolotino trapacero y sin carácter a quien Godoy mantenía alejado de todo. Por cierto: en este mismo informe, fruto de un viaje de tres meses que realizó uno de los chambelanes del Emperador por España, se incluía una sabia advertencia: "...el carácter de los españoles es noble y generoso, aunque tiende a la ferocidad. No tolerarían ser tratados como nación conquistada; desesperados, serían capaces de los mayores excesos de entrega y valor".

El éxito inicial en España no cegó al Emperador francés. Napoleón era consciente de que, quizás, estaba cometiendo un error de magnitud histórica

El lamentable papel de los Borbones en la ópera bufa representada en Bayona

La carta secreta, ridícula por lo servil, que el Príncipe de Asturias hizo llegar a Napoleón ofreciéndole el reino de felpudo con tal de que el Emperador depusiera a su padre y al *infame* Godoy, le hizo comprender con claridad el nivel de miseria en que hocicaba aquella monarquía. De modo que, con la excusa de atacar a Portugal, sempiterno aliado de su enemiga Inglaterra, envió a sus dragones tras la frontera española. Al llegar la noticia a Madrid, el melifluo y maquiavélico Godoy se precipitó a visitar al embajador francés para asegurarle, en una exhibición de hipócrita cobardía, que, conociendo al Emperador, su Majestad el Rey ni siquiera había concebido sospechas del acto. Para los ojos de halcón de Bonaparte, toda aquella patulea madrileña estaba pidiendo a gritos que los desalojaran del poder. De modo que eso fue lo que hizo: les ordenó dirigirse a Bayona, y allí, con una solemnidad de opereta, obligó al hijo, en ese momento titular de la corona, a abdicar en el padre; luego obligó al padre a renunciar en él, y, por fin, abdicó él mismo en su hermano José.

Napoleón era un tipo tan lúcido que su increíble éxito nunca cegó del todo su capacidad crítica y, en aquellos momentos, era bien consciente de que estaba cometiendo un abuso de magnitud histórica. Apoderarse de ese modo de un país que hasta aquel

ACI

El rediseño de la Europa bonapartista

En 1812, el Imperio Napoleónico alcanzó su máxima extensión –ver mapa–. Algunos países fueron sometidos tras duras batallas y otros asumieron directamente regímenes impuestos por Francia. Aunque con Rusia había firmado la paz en 1807, con el Tratado de Tilsit –momento recogido por Serangeli a la izda.–, el país del zar Alejandro I fue también su verdugo definitivo. El galo acabó sus días exiliado en la isla de Santa Elena –abajo, retratado por L.Kratke –.



CARLOS AGUILERA

ACI



CORDON

Un clan bien avenido
Napoleón colocó a su familia al frente de países como España –José I, retratado así por Gérard–, Westfalia o Reino de Nápoles.

"Spain is different"

A Bonaparte le irritaba España. Tal vez porque su extraordinaria mente razonadora detestaba y temía las cosas que no era capaz de comprender, y España era una de esas cosas. Se nota en los consejos que envía por carta a su hermano José, relativos al gobierno de España y, sobre todo, en las respuestas de este último, que trata agónicamente de hacer entender a su hermano hasta qué punto ignora la realidad que ha dejado en sus manos. No era sólo José; otros muchos le decían que España era diferente. Pero a él no le entraban en la cabeza los motivos de esa diferencia. Él veía a un pueblo explotado despóticamente por la nobleza y obnubilado por el clero. Un pueblo que necesitaba una buena Constitución –como la que él estaba dispuesto a otorgarle– y un régimen de gobierno inteligente y justo, como el que él se ofrecía a proporcionarle. Entonces, ¿por qué no se lanzaban a las calles para vitorear a sus tropas que venían a liberarles de su miserable atraso? Estaba dispuesto a convertir España en un país hermoso y libre, así que ¿por qué no le querían los españoles? Nunca llegó a saberlo. Y es posible que los españoles, en el fondo, tampoco.



ALBUM

La Iglesia tenía un papel protagonista en la España de 1800 –escena de **Los fantasmas de Goya**, *Milos Forman, 2006–.*

momento había sido su más rendido aliado era algo que, definitivamente, no estaba bien. Así se lo escucharon decir sus íntimos: "lo que estoy haciendo no está bien, no está bien". Pero lo hizo, y hasta el final de sus días no dejó de lamentarlo. Había emprendido un negocio ruinoso: matar a la gallina de los huevos de oro y asumir, a la vez, una interminable y penosa caza del zorro. Porque, de pronto, aquellos vagos, aquellos borregos le demostraron lo laboriosos e imaginativos que podían llegar a ser como enemigos. La advertencia de su chambelán había resultado cierta, y sus cálculos, por el contrario, habían resultado un desastre.

Estimó que la conquista total de España no supondría más de 12.000 víctimas francesas, pero cuando volvieron a cruzar su frontera cinco años más tarde, aquellas tropas habían tenido que cavar 180.000 tumbas de compañeros. Y si los campos de Rusia fueron duros, los de España no lo fueron menos. La mayor parte de las tropas que entraron en la Península estaban compuestas por extranjeros, en una mezcolanza que incluía desde polacos a mamelucos, pasando por italianos, holandeses y alemanes. Y esto era así, entre otras cosas, porque ser destinado a España suponía para el recluta francés la peor de las catástrofes. Las cartas y las relaciones de los soldados dejan claro que si el pueblo español temía a los soldados franceses, los soldados franceses temían más aún al pueblo español: "...todos los habitantes huyen de nosotros o nos combaten", "...pensaríamos que el país está desierto si no fuese porque nos disparan constantemente desde todas partes", "...no hay modo de conseguir información porque un español no denuncia a otro ni bajo tormento". Por lo visto, la guerra se había hecho cosa del pueblo o quizá el pueblo había hecho la guerra cosa suya. Emboscadas, asaltos nocturnos, celadas, informes falsos, guerrillas, ataques masivos seguidos de retiradas fulminantes... desde la perspectiva militar francesa –empezando por la del propio Emperador– aquello no era una guerra, sino un *enmerdement*.

Reflexiones desde el exilio: los errores irreparables del estratega

Y, de pronto, la sorpresa de Bailén: una derrota militar en campo abierto, innegable y en toda regla. Su primera derrota, y ante aquel mismo ejército que siempre consideró la hez de los cuarteles europeos. La primera victoria, en Tolón; la primera derrota, en Bailén. Parecía un redoble de campana. Y los españoles, los irracionales e incomprensibles españoles, siempre enfrente.

España fue el primer gran error de Napoleón; el segundo –y definitivo– fue, desde luego, Rusia. Pero se da la circunstancia de que, si no hubiera cometido el primero, tal vez hubiera podido remediar o, al menos, contener o paliar el segundo. Nadie lo comprendió mejor que él durante sus amargas meditaciones en el destierro de Santa Elena. No sólo estuvo mal lo que hizo; fue todavía peor el modo en que lo hizo.

Quizá cedió por un momento a la soberbia de su enorme superioridad sobre el tablero –defecto propio del ajedrecista que había en él– y realizó una mala jugada. La buena hubiera sido hacer abdicar a Carlos en Fernando, entregar a manos del pueblo a su odiado Godoy, casar al *deseado* Fernando –como el propio *deseado* no dejaba de implorarle– con alguna de sus hermanas y acudir a España para presidir la boda, con gran pompa y acompañado de un escuadrón de coraceros. Así habría puesto de su lado (y hasta hubiera podido usarlo en sus campañas) aquel mismo empecinamiento que le provocara la hemorragia estéril que contribuyó a su final. Pero, en el juego del ajedrez y en el de la Historia sólo se permite un movimiento cada vez. Y no hay modo de echarse atrás. ■

PINCELADAS PARA ANTES DE UNA GUERRA

Un cronista llamado Goya

Las pinturas de Goya son las imágenes perfectas para ilustrar el relato del ambiente político, social y económico del cambio del siglo XVIII al XIX. La preocupación del artista por reflejar con detalle su entorno le convierten en el mejor periodista de su época.

Por **Ana Ormaechea**

La maja desnuda (1800)

GETTY



COVER

La maja vestida (1805)

Aristocracia

Cada tarde, lo más granado de la nobleza española se reunía en casa de los duques de Osuna. Ante una taza de chocolate caliente comentaban con igual fervor el invento de la cucharilla de metal o los desmanes de Godoy. En 1800, España tenía 11 millones de habitantes, de los que 400.000 eran aristócratas. Se dividían en tres grupos: grandes títulos –cuya máxima representante era la duquesa de Alba, retratada aquí por Goya en versión doble–, caballeros e hidalgos, los únicos de esta clase social que trabajaban. ►

La aguadora (1812)

ALBUM



Los leñadores (1780)

La comida diaria de los campesinos era un trozo de pan acompañado de cecina o machorra (oveja estéril) y, de postre, una cebolla o un puerro

COVER



El afilador (1808)

COVER



Las lavanderas (1779)

COVER

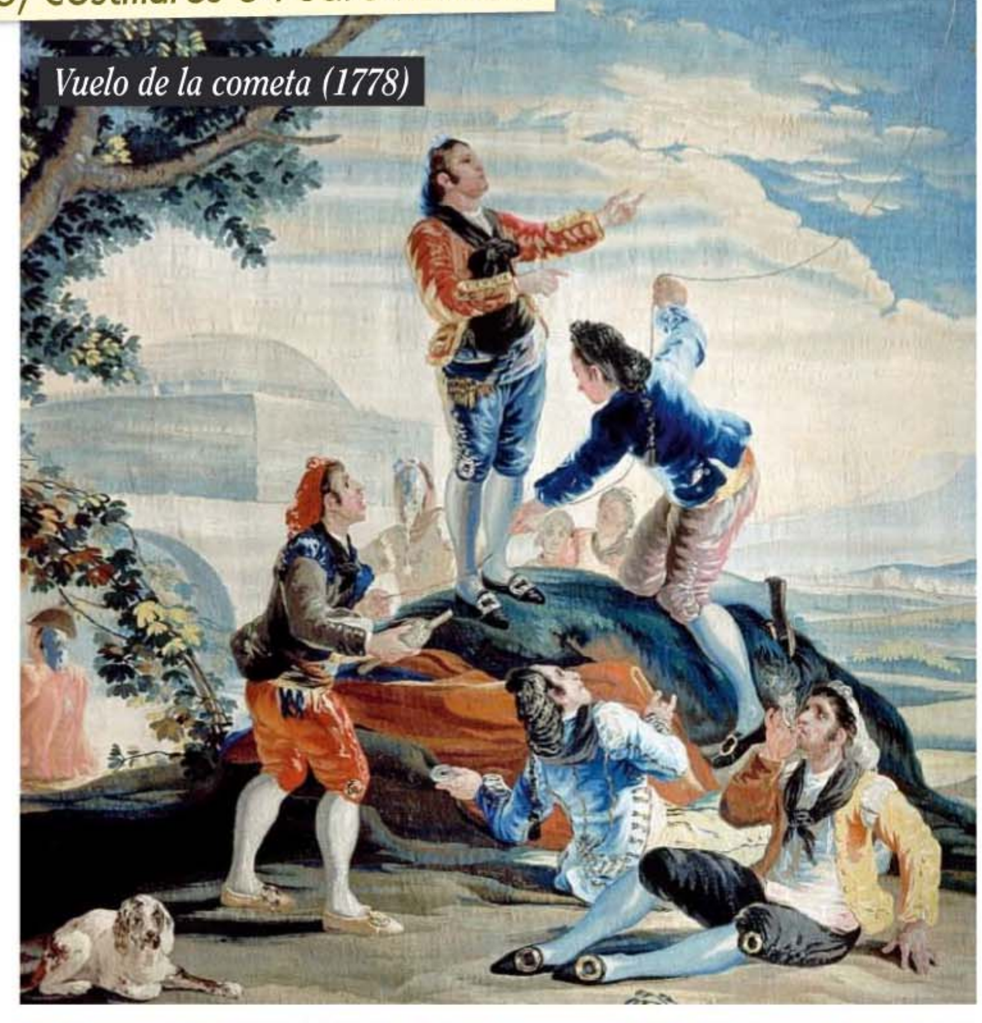
Trabajos y gremios

"Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes, vagaba por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menguada en que dejó su villa natal por esta inhospitalaria Corte". En uno de los *Episodios Nacionales*, Benito Pérez Galdós refleja una situación habitual en aquel comienzo del siglo XIX: la sociedad española, mayoritariamente rural, comenzaba a emigrar a las grandes ciudades. Según los historiadores Josep Fontana y Ramón Villares, un 80% de los trabajadores dependían directa o indirectamente del campo y vivían sumidos en la pobreza. Gran parte de los agricultores eran jornaleros –sólo el 20% poseía las tierras que cultivaba– y su sueldo no alcanzaba los 500 reales anuales, en un país en el que un obispo podía ganar 800.000 reales al año. Tampoco mejoraba la situación en las ciudades, donde la industria comenzaba a desarrollar un crecimiento modesto. Allí, los comerciantes de tabaco y textiles podían considerarse más afortunados que los artesanos, agrupados en unos gremios ya moribundos. Laneros y sastres, seguidos de carpinteros, sederos y herreros, constituían las profesiones urbanas más comunes. ▶

Goya representó en sus pinturas a los toreros que estaban de moda en la época, como Pepe Hillo, Costillares o Pedro Romero

Ocio y diversión

En el Madrid de finales del siglo XVIII, abría cada noche sus puertas el palacete de Tócame Roque, donde estaba instalada la célebre casa de prostitución *Mansión de Madame Teddy*. Era éste uno de los muchos desahogos de la alta sociedad madrileña, mucho más libertina que la provinciana, donde los lances de seducción se desarrollaban generalmente en las iglesias. Otra de las distracciones preferidas de los nobles eran los "refrescos", unas meriendas en las que, entre bizcochos y confituras líquidas, alternaba la aristocracia castiza. Solían finalizar a medianoche, al son del minué, el fandango o las seguidillas. Aunque el ambiente cortesano permitía algunos toques de flamenco, la guitarra era más del gusto del pueblo llano, cuya mayor diversión estaba en las plazas de toros. A lo largo del siglo XVIII, la fiesta de la lidia había pasado a ser un recreo mayoritario, gracias a la rebaja del precio de las entradas. Por ejemplo, en 1780 una localidad podía costar desde 2 hasta 24 reales, en función de si era de sol o de sombra. Además, el dinero recaudado se destinaba a gastos sociales por lo que, en épocas de emergencia, eran los propios poderes político y eclesiástico los que impulsaban las corridas.



Vuelo de la cometa (1778)



El columpio (1779)

Corrida de toros con picadores (1824)

COVER

COVER

La pradera de San Isidro (1788)

Los pobres en la fuente (1786)



Dos mujeres y un hombre (1820)

AISA

Los desastres de la guerra: Yo vi esto (1810/1820)



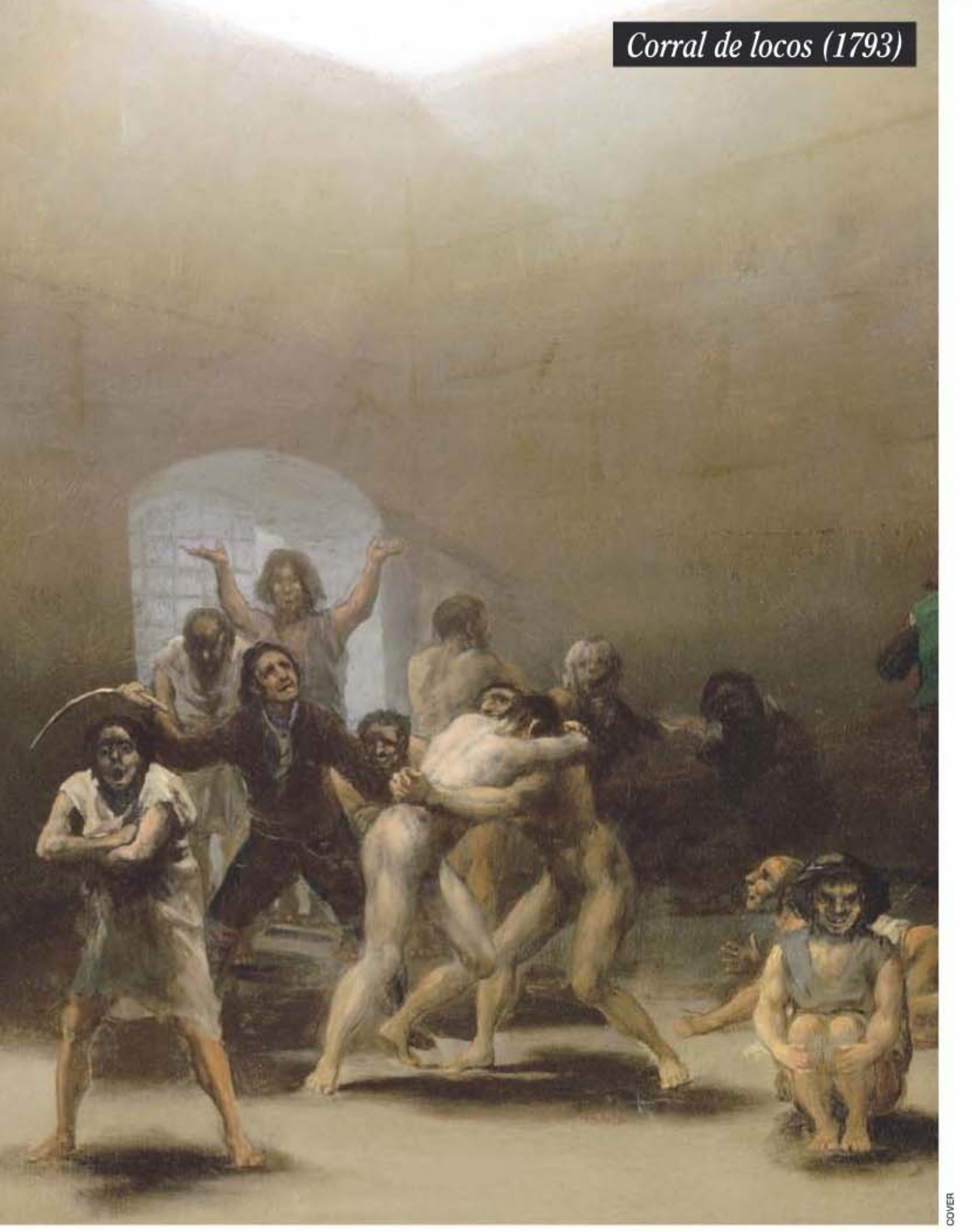
ACI

Caridad de una mujer (1810/1820)



AISA

El gobierno trató de desamortizar la tierra para incrementar así su productividad. Sin embargo, se encontró con la dura oposición de la Iglesia



Corral de locos (1793)

AISA COVER

No llegan a tiempo (1810/1820)

AISA

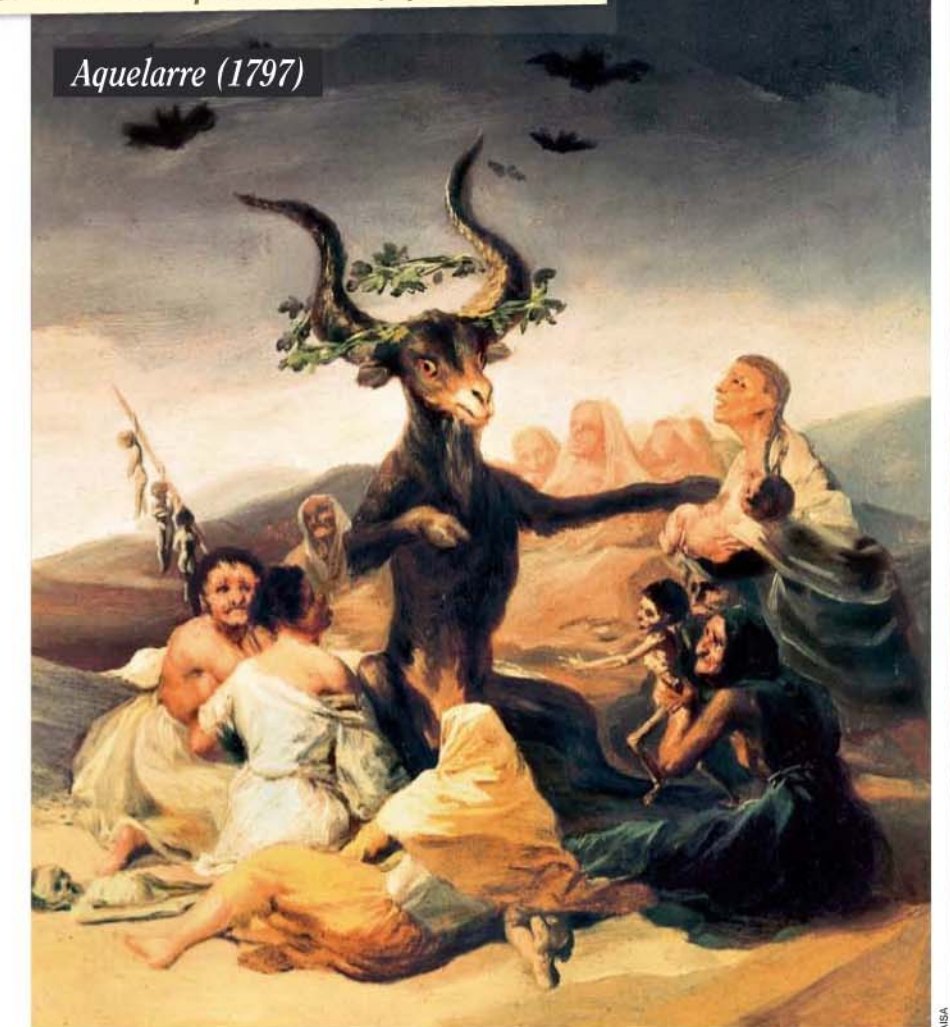
Un pueblo hambriento

"Estamos amenazados de todos los males a la vez; la peste y el hambre. El pan vale dos sueldos la libra y la miseria es horrible. Hay desgraciados que mueren de hambre en la calle". Eran éstas las palabras desesperadas de un José Bonaparte que se sentía incapaz de sacar el país adelante. El francés había heredado una España paupérrima, cuya economía agónica se encargó de rematar la guerra. Desde 1800, la sequía y la peste atacaron sin descanso una sociedad que ya arrastraba numerosas carencias estructurales. Durante el siglo XVIII apenas se realizaron avances agrícolas, a lo que había que sumar una precaria red nacional de transportes. Así, se producían situaciones rocambolescas, como que en un mismo año Castilla tuviera excedente de trigo y Cataluña se arruinara importándolo del extranjero. Tampoco la relación de la metrópoli con las colonias americanas tenía la fluidez necesaria. Como afirmaba el político Campomanes, en realidad no se llegó a establecer una efectiva red comercial, sino que la "mayoría de negociantes buscaban sólo apropiarse del retorno de oro y plata". Una consecuencia directa de este paisaje de carestía fue la aparición del bandolerismo, cuyos rostros más célebres fueron el Tempranillo y el Tragabuches. ▶

En festividades religiosas, como el Corpus o la Semana Santa, los bailes y canciones se entremezclaban con encapuchados y penitentes

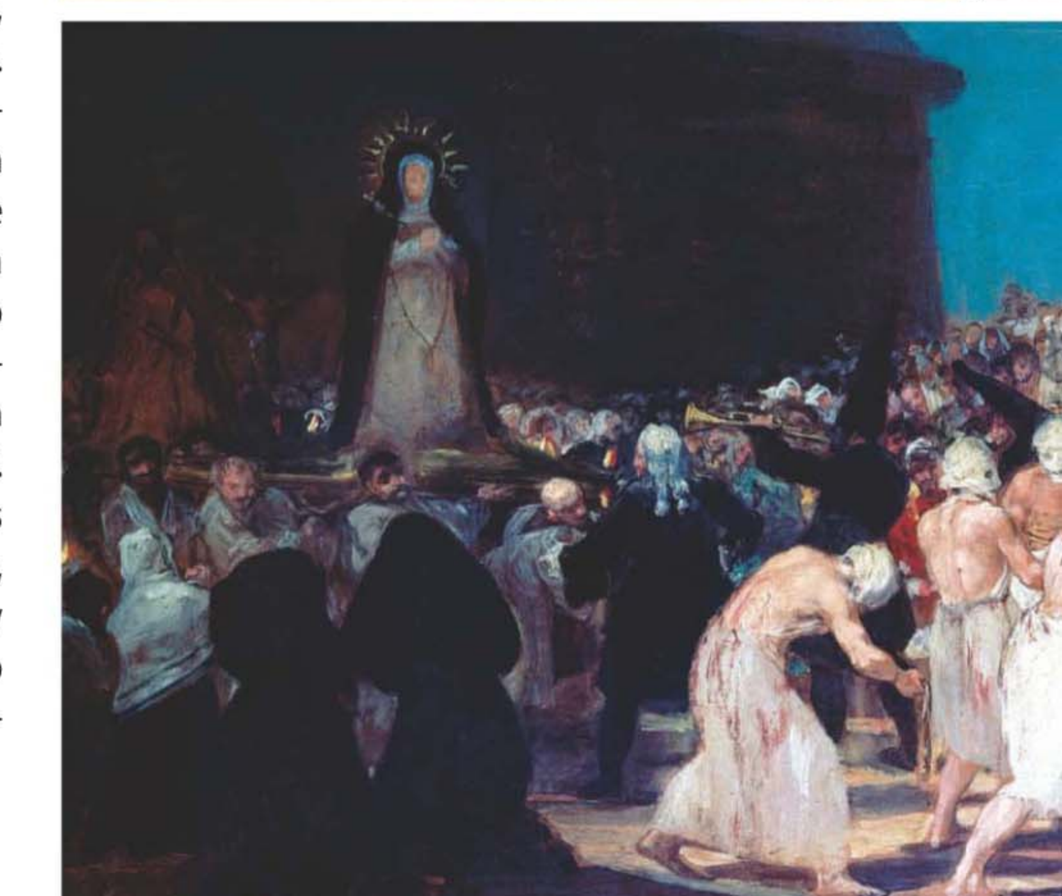
Religión y superstición

En sus escritos del sigo XVIII, el Padre Isla retrataba a los frailes como glotones y amantes de los grandes banquetes, aficionados a los naipes, los conciertos y el galanteo. Aquella España hacía gala de una religiosidad disparatada, en la que convivían la curia de costumbres relajadas con un pueblo de exacerbado fervor. Era un catolicismo popular, en el que el espectáculo profano se mezclaba constantemente con el simbolismo religioso. Un ejemplo claro era la procesión del Corpus, en la que las figuras de los santos iban acompañados del *mojigón* –hombre disfrazado que fustigaba al público–, gigantes, cabezudos y bailarines. Tampoco faltaban los disciplinantes, cuyo orgullo se incrementaba en proporción a las heridas que se infligían en su cuerpo. Describe en sus escritos Meléndez Valdés cómo "concurre un gentío inmenso excitado más que de devoción de la curiosidad, la vanidad y el ocio". Eran las demostraciones religiosas de un pueblo que, sin embargo, parecía tener más fe en la magia y la superstición que en su propio Dios, dado que las prácticas de brujería eran algo habitual.



Aquelarre (1797)

AISA




El entierro de la sardina (1812/1814)

CORDON COVER


Procesión de disciplinantes (1812/1819)

Cardenal Luis María de Borbón y Villabriga (1800)

COVER

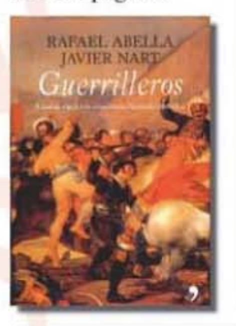
La Biblioteca

Por **Ignacio Marina Grimau**

Guerrilleros

Rafael Abella y Javier Nart
Temas de Hoy. Madrid, 2007

Les dieron lo suyo (se lo merecían) a los invasores. Y con la guerra de guerrillas crearon escuela en materia de táctica militar. Una exaltación de la bravura de miles de anónimos patriotas. Ellos, y El Empecinado, y el cura Merino, entre otros, luchan en estas páginas.





La maldita guerra de España

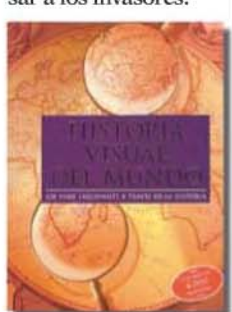
Ronald Fraser
Crítica. Barcelona, 2006

La incapacidad de Napoleón para comprender que sus tropas no se enfrentaban a un ejército sino a todo un pueblo –¡y qué pueblo!– fue su ruina. "¡La guerra de España me ha perdido!", exclamaría en Santa Elena. Aquí, una reconstrucción de aquellos años.

Historia visual del mundo

Parragon Books Ltd., 2006

Si busca una supersíntesis de la Guerra de la Independencia, la encontrará en este libro, eminentemente gráfico. Así se dice al respecto: "[...] fue en esencia una guerra de guerrillas y duró cinco años, hasta que los españoles [...] lograron a finales de 1813 expulsar a los invasores."



Napoleón y la Península...

Donald D. Horward. Diputación de Salamanca, 2006

Napoleón y la Península Ibérica describe los hechos y personalidades que tomaron parte en 1810 en los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida. Los españoles resistieron, contribuyendo a que el Emperador acabara por llamar a la guerra su "úlcera sangrante".

La Batalla de Ocaña

F. Ontalba y P. L. Ruiz Jaén
Diputación de Toledo, 2006

Fue una de las batallas más importantes de la Guerra de la Independencia y supuso una gran derrota para el ejército español. Tuvo lugar en noviembre de 1809 y provocó la entrada de los franceses en Andalucía. Pero luego habrían de cambiar las tornas...



El sueño de la nación...

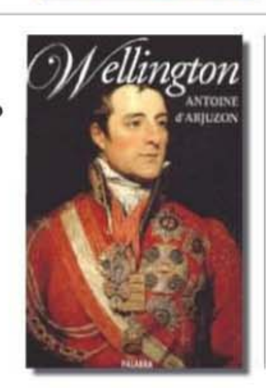
Ricardo Gª Cárcel. Temas de Hoy. Madrid, 2007

Los "mitos de la Guerra de la Independencia" son abordados en *El sueño de la nación indomable.* "La intención de este libro –dice el autor– es rescatar la auténtica realidad histórica del esfuerzo constructivista del papel histórico que construyeron los hombres de aquella época y de la manipulación sectaria ulterior." ¡Hala! A desmitificar. Da igual que sea el Dos de Mayo o los Sitios de Zaragoza.

Wellington

Antoine d'Arjuzon
Palabra. Madrid, 2007

Excelente biografía de uno de los hombres que más influyeron en la Historia contemporánea y al que se llamó "libertador de Europa". Derrotó al Ejército napoleónico en Portugal y, junto a los españoles, lo expulsó de nuestra nación. Y en Waterloo haría morder el polvo definitivamente al emperador francés. Luego, su vida continuó en el campo civil y político: embajador, ministro de Asuntos Exteriores, primer ministro...



Historia del siglo XIX

J. Belchem y Richard Price (eds.). Akal. Madrid, 2007

El Diccionario Akal de Historia del siglo XIX recoge la entrada 'Guerra de la Independencia española', firmada por Charles Esdaile. En ella se recuerda que la Guerra, "a la que muchas veces se la llama la 'herida española' de Napoleón", tuvo un papel fundamental en la caída del Emperador. Asimismo tuvo un gran impacto en España "al provocar el comienzo del liberalismo y la politización dentro del ejército".



NOVELA HISTÓRICA

El cuarzo rojo de Salamanca

Luciano G. Egido
Tusquets. Barcelona, 1993



A principios del siglo XIX, un joven, "instalado en el gusto de la nada" y en el escepticismo absoluto, decide luchar junto a los lanceros contra el invasor napoléonico. Mas también lucha contra su padre, un afrancesado que quiere inculcarle sus ideas, y contra el amor incestuoso que siente por su hermana Manuela. ¡Qué freudiano todo! ¿A que sí?



Episodios Nacionales

Benito Pérez Galdós. Alianza Editorial. Madrid, 2004/06/02

El mejor recreador del siglo XIX español da cuenta de la Guerra de la Independencia en 10 de sus 46 *Episodios Nacionales.* Aquí, tres: *Gerona, La batalla de Los Arapiles* y *Juan Martín el Empecinado.* Quien habla es su célebre personaje Gabriel de Araceli.

La gran cifra de París

Julio Albi. Planeta. Barcelona, 2005

Gaspar Príncipe es oficial en un regimiento de infantería del Cuerpo Expedicionario del marqués de la Romana. Tras el alzamiento del Dos de Mayo, vuelve a España y lucha en la desastrosa batalla de Espinosa de los Monteros para unirse luego a la guerrilla. Su obsesión será el código secreto con el que los franceses cifran sus mensajes.



INTERNET

Toda la Guerra

www.1808-1814.org



Magnífica web sobre el alzamiento nacional del Dos de Mayo y el resto de la guerra. El *link* de 'Biografías' es vastísimo. Otros apartados dignos de ser destacados son los de 'Poesía' (aparece, entre otros, Juan Bautista Arriaza, autor de *Poesías patrióticas)*, 'Condecoraciones', 'Batallas' (de la de Rioseco a la de Tolosa, pasando por la de Ocaña o la de Los Arapiles), 'Monumentos'. También recoge anécdotas... Muy estimulante.



Los Arapiles

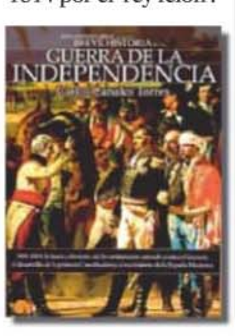
www.losarapiles.com

Lo mejor de esta página dedicada a la Batalla de Los Arapiles son las ilustraciones. Muestra algunas de las armas que se utilizaron, hace referencia a los fuertes (su construcción y cómo fueron asediados) y movimientos previos a la contienda. Este apartado se divide en 'Wellington sobre San Cristóbal', 'Retirada francesa hacia el Duero' y 'La marcha paralela' (narración, ilustraciones y mapas tácticos). Por supuesto, hay un *link* de la batalla.

Breve historia de la guerra...

Carlos Canales Torres
Nowtilus. Madrid, 2006

En esta *Breve historia de la Guerra de la Independencia* queda claro que el período 1808-1814 es de enorme trascendencia para España. El alzamiento alentó la resistencia a Napoleón en toda Europa. Y la guerra aceleró el proceso de modernización de nuestro país, al promulgar las Cortes de Cádiz la Constitución de 1812, anulada en 1814 por el 'rey felón'.





La época del liberalismo

Josep Fontana. Crítica/Marcial Pons. Barcelona, 2007

Esta *Historia de España* se inaugura con el volumen dedicado al período 1808-1874. El capítulo 'Guerra y revolución, 1808-1814' da cuenta del inicio del conflicto, que estalló en Madrid el 2 de mayo al ordenar Murat (Napoleón le dijo que no tuviera contemplaciones "con la canalla de Madrid") el traslado de la familia real a Bayona.

Manuel Godoy

Emilio La Parra. Tusquets. Barcelona, 2002

He aquí la biografía de uno de los peores gobernantes de la historia de España. A él se le ha hecho responsable de las locuras de la Corona que causaron la invasión napoléonica. Bien es cierto que su autor intenta ofrecer otra imagen de aquel oscuro hidalgo provinciano al que le perdió su ambición y la defensa de una monarquía fenecida.



Por **Ana Ormaechea**

Cartas

Esta sección está a su disposición. En ella publicaremos sus comentarios, ideas, críticas, sugerencias, fotos y dibujos. Escríbanos a: ***Cartas Muy Historia. Albasanz, 15 - Edif. A 28037 Madrid;*** *al fax* ***91 575 91 28;*** *o al correo electrónico* ***mhistoria@gyj.es.***

MUY HISTORIA en la blogosfera



■ La revista Muy Historia ha lanzado este mes un especial sobre la belleza. En un número así no podía faltar una pequeña mención a la moda. Una mención que, en este caso, se convierte en un dossier de varias páginas, muy recomendable, en el que ha colaborado gente de Marie Claire. En él se repasa la historia de la moda y de la indumentaria a lo largo de 3.000 años. Una lectura muy didáctica. Tampoco hay que perderse otros interesantes artículos que vienen en el número como, por ejemplo, el repaso a los peinados y uno, muy divertido, que examina la otra cara de la belleza: la fealdad. Y mucho más...

http://www.trendencias.com/

La subjetividad de la belleza evolutiva

■ Lamento y no comprendo cómo en una publicación tan vanguardista y divulgativa como la suya se les haya colado un artículo tan atrasado como el escrito sobre la relación entre belleza y biología. Se toman estudios obsoletos y obtenidos de universidades de la América profunda para hablar sobre una serie de tópicos que, afortunadamente, nada tienen que ver con la realidad concreta. Me gustaría pedir a algunos científicos un poco de responsabilidad y le rogaría al autor que salga de su pequeño y pobre mundo. En todo caso, les felicito por el resto de los artículos.

Roberto Pedroche

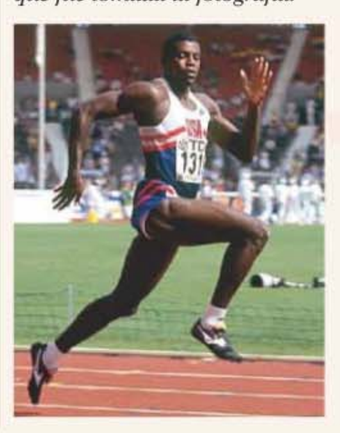
Entusiasta seguidor de nuestro trabajo

■ Les escribo para contarles que me enganché a su revista porque los temas son realmente interesantes e instructivos y es increíble lo que se aprende con ella. Soy conserje en un colegio y paso muchas horas muertas en las que me encanta disfrutar leyendo MUY HISTORIA. Me gusta especialmente la sección final en la que recomendáis libros, porque ahora, cuando me acerco a una librería, ya sé qué quiero comprar.

Miguel Ángel Peral
Valencia

Fe de erratas

■ *En la página 35 del número 13 de MUY HISTORIA, se afirmaba por error que una imagen de Carl Lewis correspondía a los "Juegos Olímpicos de 1993". En ese año se celebraron en Stuttgart los Mundiales de Atletismo, competición en la que fue tomada la fotografía.*

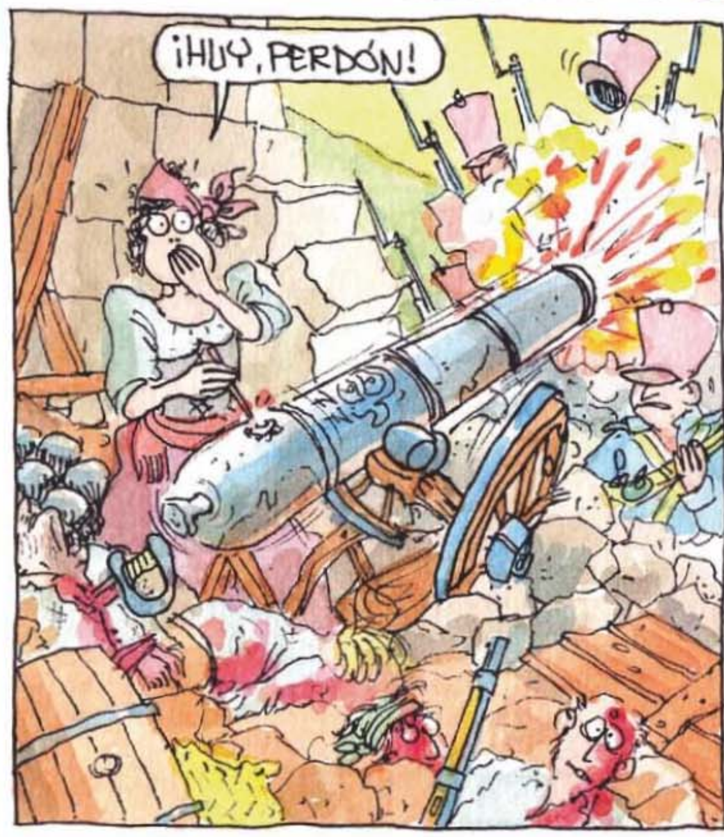


La redacción se reserva el derecho de extractar las cartas o resumirlas.

Por Romeu


SERÁ PAN COMIDO JOSÉ, UNA NACIÓN DE APENAS MEDIO MILLÓN DE HABITANTES, UN TERCIO DE LOS CUALES, CLÉRIGOS.


¿MOTIVO DE SU VISITA?
ESPAGNE
ALTE
DOUANE


¡HUY, PERDÓN!


RECAPACITEMOS POR UN MOMENTO ¿REALMENTE NOS CONVIENEN MAS LOS BORBONES QUE EL FRANCÉS?

Suscríbase a MUY HISTORIA
y benefíciese de esta magnífica oferta

25% DE DESCUENTO





Si no quiere perderse ni un solo MUY HISTORIA en todo el año, suscríbase ahora por 6 números y obtendrá dos más (8), además de un descuento del 25% sobre el precio de portada.
Así tendrá la seguridad de recibir la revista puntualmente en su domicilio y no se perderá ni un ejemplar, aunque se agote en el quiosco. Además, durante el periodo de su suscripción no le afectarán los aumentos del precio de portada. Y si lo desea puede almacenarlas en estos elegantes archivadores por sólo 9 euros.
Envíenos el cupón adjunto, llámenos o escríbanos un e-mail.



¡SE LO PONEMOS FÁCIL!

☛Por teléfono: 902 007 603 ☛Por fax 91 575 26 17, 24 horas todos los días
☛Por e-mail: altasmuy@gyj.es ☛Por internet: www.muyinteresante.es

CUPÓN DE PEDIDO PARA NÚMEROS ATRASADOS Y DE SUSCRIPCIONES

SUSCRIPCIÓN

❑ **Sí** deseo suscribirme a MUY HISTORIA por 1año (6 números), + 2 de regalo (total 8 números) con el 25% de descuento sobre portada, al precio de **solo 13,50 €**

* Quedan excluidos los objetos promocionales
* Oferta válida hasta el 31 de enero de 2008

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN EN EL EXTRANJERO

1 año (6 números) + 2 de regalo (total 8 números): Europa, 28 euros; resto del mundo, 36 euros.

NÚMEROS ATRASADOS (3 €)

❑ **Sí** deseo que me envíen los números de MUY HISTORIA publicados que señalo con una X. **No se admiten pedidos contra reembolso. Sólo giros, cheques o VISA.**

- ❑ Nº 1 LAS CRUZADAS
- ❑ Nº 2 10 INCÓGNITAS
- ❑ Nº 3 FRANQUISMO
- ❑ Nº 4 JESÚS
- ❑ Nº 5 REYES CATÓLICOS
- ❑ Nº 6 LEJANO OESTE
- ❑ Nº 7 GRECIA ANTIGUA
- ❑ Nº 8 MALOS HISTORIA
- ❑ Nº 9 SIGLO DE ORO
- ❑ Nº 10 ESPÍAS
- ❑ Nº 11 REVOLUCIONES
- ❑ Nº 12 PIRATAS
- ❑ Nº 13 BELLEZA

ARCHIVADORES

❑ **Sí** deseo recibir la cantidad de ...... **archivadores** para encuadernar la revista al precio de **9 € la unidad**, IVA y gastos de envío incluidos. **No se admiten pedidos contra reembolso. Sólo giros, cheques o VISA.** Oferta válida sólo para el territorio nacional.

Nombre y Apellidos
Dirección
CP Población Provincia
Fecha de nacimiento Profesión/Actividad Teléfono
Correo electrónico

FORMA DE PAGO

❑ **Contra reembolso** (sólo España) ❑ **Adjunto cheque** a nombre de G y J España Ediciones, S.L., S. en C. Albasanz,15-Edificio A. 28037 Madrid.

❑ **Giro postal n.º** a G y J España Ediciones, S.L., S. en C., indicando en el apartado "texto" suscripción MUY HISTORIA.

❑ **Tarjeta de crédito VISA n.º** Fecha de caducidad

Firma del titular (IMPRESCINDIBLE)

❑ **Domiciliación bancaria**

Cuenta libreta n.º CLAVE ENTIDAD OFICINA D.C. NÚMERO DE CUENTA

Nombre de Banco o Caja

Titular de la cuenta

MUY HISTORIA 12

Recorte, copie o fotocopie este cupón y envíelo a Números atrasados MUY/Dpto. Suscripciones. Albasanz , 15/Edificio A. 28037 Madrid.



LA IRRESISTIBLE ATRACCIÓN DEL EGIPTO FARAÓNICO

LO MÁS NUEVO DEL VIEJO IMPERIO

La identificación de la momia de Hatshepsut por una de sus muelas o la muerte por accidente de carro de Tutankamón figuran entre los hallazgos más recientes. Pero aún quedan muchos otros por descubrir.

TOMA EL DINERO Y EXCAVA

Sin el apoyo económico de personas –e instituciones–, que no dudaron en invertir su fortuna y, a veces, su vida por la egiptología, muchos de los secretos de los faraones aún permanecerían ocultos.

LA EGIPTOMANÍA ATRAPÓ AL MUNDO

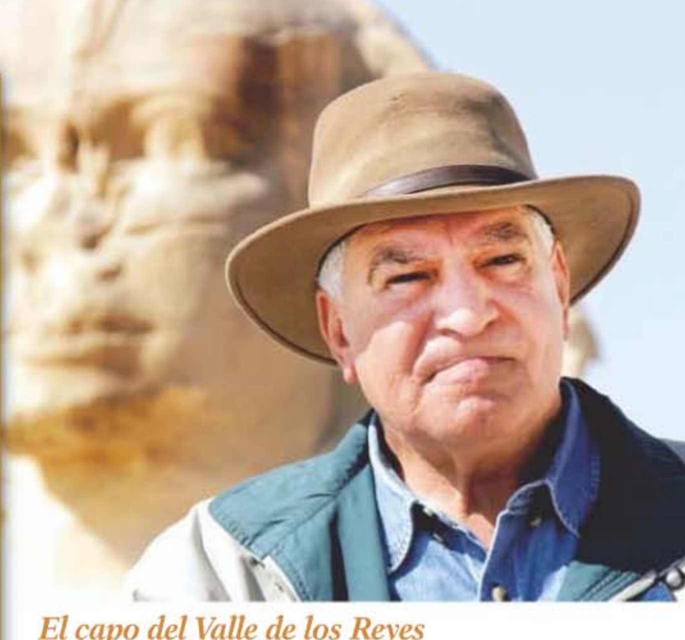
Aunque la fascinación de Occidente por Egipto ya la sentían griegos y romanos, no alcanzaría su cenit hasta la ocupación napoleónica. El descubrimiento de la Piedra Rosetta, que permitía el desciframiento de sus textos, hizo subir la fiebre de la egiptomanía. Hasta hoy.

DE LA ARENA A LOS GRANDES MUSEOS

Los vestigios egipcios alojados en las salas especializadas de museos como el de El Cairo, Británico o el Louvre atraen a más visitantes que el resto de las exposiciones. Hacemos un recorrido visual por sus tesoros y piezas más admirados.

En el quiosco a partir del 10 de enero

AP



El capo del Valle de los Reyes
Hoy, todos los descubrimientos arqueológicos son supervisados y autentificados por el Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto. Zahi Hawass es su máximo responsable.

COVER



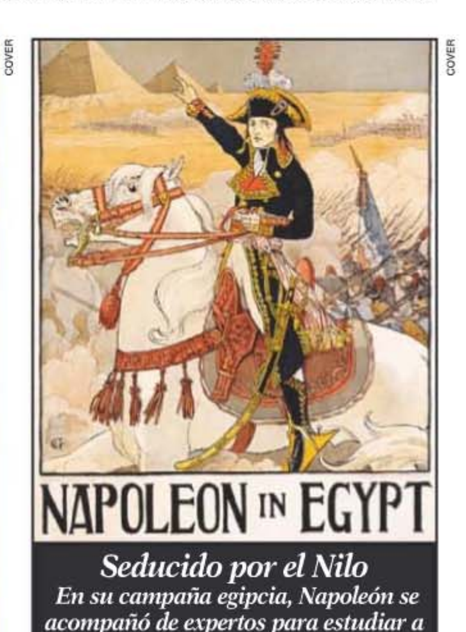
El sepulcro tenía un precio
El patrocinio de Lord Carnarvon permitió a éste y a su gran amigo y protegido Howard Carter –tercero por la izquierda– encontrar en 1922 la tumba de Tutankamón.



Criaturas imponentes
Las esfinges egipcias, con busto humano y cuerpo de león –como ésta que se exhibe en el Museo del Louvre–, fueron utilizadas por los faraones para custodiar templos y palacios.

COVER

COVER



Seducido por el Nilo
En su campaña egipcia, Napoleón se acompañó de expertos para estudiar a fondo el país. Cartel de E. Grasset.



1808

(Zaragoza, 2008)

[*] *Dispongo la creación de un escudo de distinción para premiar a cuantos individuos militares y paisanos han defendido la ciudad de Zaragoza, se han batido con el enemigo y se han hallado en los mayores peligros; éste deberá ser de color rojo con un león de oro coronado en el centro y un rótulo que le circunde, con la denominación de Defensor de Zaragoza.*

(Palafox, agosto de 1808)

Amas de casa, profesores, profesionales, inmigrantes, escolares, empresarios, universitarios, operarios, investigadores, educadores, jubilados, ... personas que se esfuerzan por hacer las cosas mejor, construyendo una ciudad acogedora, reflejo de su esfuerzo, tenacidad, trabajo de equipo, solidaridad y pasión por la libertad.





Bicentenario de los Sitios de Zaragoza



["héroes" de cada día







BIOTHERM HOMME
Nº1 MUNDIAL EN EL CUIDADO DEL HOMBRE*
*Euromonitor 2006. Mercado selectivo. Periodo 2005.
**Test consumidor - autoevaluación - 120 hombres - 3 semanas.
¡RECÁRGATE!
1er CONCENTRADO HIDRATANTE ANTI-FATIGA NON-STOP DE BIOTHERM HOMME
■ Combinación de oligo-vitaminas y Ginseng Puro.
■ Acción inmediata: reduce los signos de fatiga y reactiva visiblemente la luminosidad de la piel.
■ Acción continua: día tras día, piel más resistente y saludable. Retrasa la reaparición de los signos de fatiga.
Textura ultra-fresca y no grasa. De fácil aplicación. Utilizar diariamente después del afeitado o en cualquier momento del día.
INNOVACIÓN
HIGH RECHARGE
DOBLE RECARGA DE ENERGÍA
RESULTADOS VISIBLES**:
BORRA LOS SIGNOS DE FATIGA: 69 %
PIEL MÁS RESISTENTE: 87 %
BIOTHERM HOMME
HIGH RECHARGE
CONCENTRÉ HYDRATANT ANTI-FATIGUE NON-STOP
NON-STOP MOISTURIZING ANTI-FATIGUE CONCENTRATE
El Extracto Puro de Plancton Termal, activo biológico exclusivo de los laboratorios Biotherm, procede de las fuentes termales y tiene el poder científicamente demostrado de estimular la regeneración celular. Para una piel llena de vitalidad.
www.biothermhomme.es